La conquista del ESPACIO

LOS DOMINADORES DE LA TIERRA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Transcurrió una semana y Dan no volvió a ver a Iris. Recibió un mensaje de Arthur desde París. Estaban magníficamente instalados en una lujosa casa en las afueras de la gran ciudad y afirmaba que tanto él como Marta estaban encantados. Terminaba diciendo que era lamentable que los buenos vinos franceses no existiesen ya y que estaba harto de beber zatel, que le seguía sabiendo a agua, aunque afirmase a todos que compartía con ellos la increíble sensación de convertir aquel brebaje en coñac o champán. Explicaba que fingía, igual que su compañera, para no ofender a la actual sociedad parisina.

A. Thorkent

Los dominadores de la Tierra

Bolsilibros: La conquista del espacio - 602

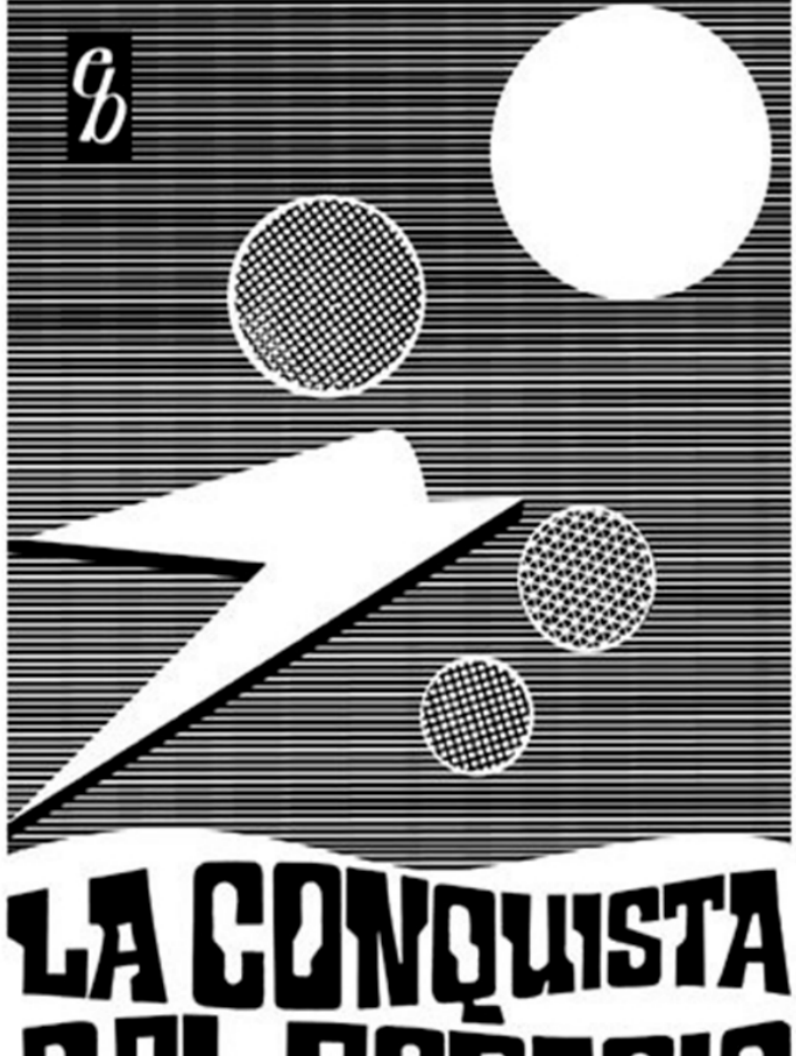
ePub r1.0

Titivillus 25.09.2019

A. Thorkent, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

LOS DOMINADORES DE LA TIERRA

A. THORKENT

CAPÍTULO PRIMERO

Lord Ashting, Primer Portavoz del Consejo Terrestre, degustaba su segunda bebida de la mañana. Hizo una pausa y entorno los ojos.

Su paladar percibió el delicioso sabor del viejo *brandy*. Chasqueó la lengua y miró a su alrededor.

Observó el amplio despacho sobriamente decorado con muebles antiguos y butacones de auténtico cuero. Las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros.

Pasó la mano por la barnizada mesa de caoba y lentamente tomó de la escribanía una pluma de oro y empezó a escribir la primera estrofa de una canción que había estado tarareando la noche anterior.

Cuando el zumbador de aviso sonó, su mano tembló sobre el papel y una línea absurda quedó trazada en él. De malhumor, lord Ashting movió la clavija y preguntó secamente:

—¿Qué sucede, Percy?

Pensó en su estúpido secretario y se preguntó qué demonios debía ocurrir para que éste hubiese olvidado su tajante orden de no ser molestado aquella mañana para nada en absoluto.

Por el comunicador, la voz impersonal de Percy le informó:

—Señor, tengo ante mí una persona que desea verle inmediatamente.

Lord Ashting soltó la pluma, que rodó unos centímetros por la mesa. Reprimió su primer deseo de soltar una maldición seguida de un insulto a Percy.

—Creo recordar, Percy, que esta mañana no estoy para nadie.

Frunció el entrecejo, tratando de no olvidar las estrofas de la canción.

—Lo sé, señor. Pero el caballero insiste.

—Dígale que se marche.

—Señor, me ha pedido que le diga su nombre. Se llama Louis

Middleton. Pero si lo desea le rogaré que le disculpe y tal vez en otra ocasión…

Repentinamente, el rostro de lord Ashting se relajó, sus ojos quedáronse fijos y tras unos segundos, dijo:

—Dígale que pase.

—Señor… —tartamudeó Percy, tal vez creyendo no haber escuchado bien al Primer Portavoz.

—Ya me ha oído. Le recibiré ahora mismo. Cortó la comunicación y maquinalmente estrujó el papel donde apenas había escrito media docena de palabras. Hizo con él una bola y la arrojó al conducto de los desperdicios.

Apenas transcurrieron veinte segundos cuando Percy abría la puerta y daba paso a un hombre alto y delgado, de rostro macilento y penetrante mirada. Caminó resueltamente hasta colocarse ante la mesa de lord Ashting, quien con un gesto imperioso despidió a su secretario, el cual se apresuró a marcharse cerrando la puerta.

—Señor Middleton… —lord Ashting señaló la butaca tapizada en cuero para que el visitante tomase asiento. Su voz sonaba extraña, como asustada o impresionada ante la presencia de aquel individuo—. Lamento haberle hecho esperar. Mi secretario debió decirme su nombre sin dilación. Yo…

—Deje las disculpas ahora, lord Ashting —le atajó el hombre alzando levemente una mano. Pronunciaba las sílabas bruscamente y sus labios apenas se movían mientras hablaba—. El asunto que me trae aquí es muy importante.

Si en aquel momento Percy u otra persona que conociese bien al Primer Portavoz le hubiese visto, habría pensado que su comportamiento era muy diferente al usual. Lord Ashting se movía nerviosamente en el asiento y miraba sin parpadear a su interlocutor, siempre a la expectativa de sus gestos, como temiendo ocasionarle un mínimo enfado.

—Dígame qué necesita de mí, señor Middleton. Por un breve instante, la cara del visitante se contrajo.

—¿Por qué no se nos informó acerca de la nave «Lemur»?

Ashting parpadeó por primera vez desde que estaba ante Middleton.

—Les suponíamos enterados —replicó.

—Por supuesto conocíamos la existencia del «Lemur» y su

misión, pero los datos indicaban que la nave se había perdido. Exactamente, se dio tal noticia hace dos años.

—Así es. El «Lemur» debió haber vuelto entonces, según estaba programado.

El interlocutor del Primer Portavoz se echó hacia atrás y sus delgadas y largas manos se aferraron a los brazos de la butaca.

—La noticia ya ha sido dada al público y eso no me ha gustado.

La demostración de contrariedad de lord Ashting fue enorme.

—El departamento encargado de tal menester no consideró importante poner en su consideración el hecho. Sin duda…

—Sin duda alguna se ha cometido una negligencia. Es obvio. ¿Es que no pensaron que semejante acontecimiento puede provocar cierta alteración? Es como si una vieja esperanza renaciera, retornando a la sociedad antiguas aspiraciones.

—Nada de eso. El Consejo Terrestre está seguro que nada de eso sucederá:

—No podemos creer en sus seguridades.

Lord Ashting abrió la boca y la cerró sin decir nada. Tembló un poco y su mente padeció una ligera convulsión. Sudó. Algo en su interior intentó rebelarse contra aquella situación. Fracasó y al sentirse vencido apenas intentó forzar una sonrisa, que murió en sus carnosos labios rápidamente.

—El regreso del «Lemur», pese a ser ya del dominio público en todo el mundo, no alterará en nada la situación, señor Middleton.

El hombre se pasó el índice derecho por la barbilla. Dijo:

—¿Qué hay de esa tripulación?

—¿Qué podrían hacer? —Esta vez sí consiguió sonreír, casi plenamente, el Primer Portavoz—. Cuando cruzaron la órbita de Plutón se les requirió a informar sucintamente de su misión. Han fracasado. No traen nada. Y de los diez que partieron sólo vuelven seis. Cuando comprueben la actual situación se sentirán aliviados y olvidarán el pobre resultado que han conseguido. Por lo tanto, será sencilla su integración.

—Me gustará creerle —y el hombre se apresuró a añadir—: Y no es que piense que me está mintiendo, sino que dudo de su capacidad de raciocinio, lord Ashting. Y también de la del Consejo Terrestre. Sobre todo de sus previsiones.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Se podría intentar retrasar la

llegada del «Lemur» o…

—No siga —le interrumpió Middleton—. El «Lemur» será recibido cordialmente, pero sin estridencia. Nadie festejará excesivamente el suceso.

—En realidad habíamos discutido eso en el Consejo y nadie consideró que el evento suponía una celebración mundial de euforia. No olvidemos que esos seres partieron de la Tierra hace sesenta años. Ninguno tenía parientes cercanos y seis décadas más tarde nadie les recordará íntimamente.

Middleton se incorporó y lord Ashting se apresuró a hacer lo mismo.

—El asunto será controlado estrechamente durante algún tiempo por nosotros personalmente, Primer Portavoz. Hans Keppler, desde este mismo momento, se mantendrá en estrecho contacto con usted. No tengo que recordarle que será conveniente seguir sus consejos y cumplirlos al pie de la letra.

Ashting asintió.

—Keppler. Hans Keppler. Un hombre interesante.

Sí, le recuerdo. Colaboraré con él con sumo gusto.

Acercándose a la salida, Middleton dijo:

—Preferiría que lo hiciera con eficacia. Keppler me tendrá al tanto de todo cuanto acontezca. ¿Dónde descenderá la nave?

—En Australia, señor Middleton.

—Que los medios de comunicación den la noticia lo más escueta posible y quitándole importancia.

—Sí, claro. Así se hará.

Middleton fue acompañado hasta la puerta y allí se volvió ligeramente y, tras saludar con una inclinación de cabeza, salió, caminando con pasos largos.

A solas, lord Ashting resopló ruidosamente. Se pasó la mano por la frente y corrió hasta el mueble bar. Sacó una botellita y después de abrirla llenó un labrado vaso de cristal.

Bebió el contenido de un trago e inmediatamente el color volvió a sus mejillas. Incluso sonrió.

Cuando volvió a sentarse tras la mesa de su despacho tarareaba una canción. Cogió papel y con la pluma de oro comenzó a escribir.

* * *

Cuando salió de la ducha se detuvo delante del estrecho espejo y contempló en silencio su desnudo cuerpo durante largo rato.

Terminó de secarse con una toalla, que arrojó de mala gana a un rincón. Aspiró y lo que olió le desagradó. El agua reciclada con la que se había lavado parecía haberle dejado un olor profundo, que Dan Walker conocía bien.

Al volverse vio sobre la cama a Iris. La mujer le miraba fijamente. También estaba desnuda y totalmente bronceada. Durante los períodos de guardia no había desperdiciado un solo instante para someterse a las lámparas solares.

—Debes darte prisa —dijo Dan y cogió la camisa de su uniforme —. La reunión va a comenzar en unos minutos.

Ella hizo un gesto de cansancio.

—La última reunión de la gloriosa tripulación del «Lemur».

—No seas irónica. Tenemos que cumplir con el protocolo. El libro de a bordo registrará hasta el último acontecimiento. Es lo reglamentario.

Iris West se alzó y su maravillosa figura hizo que Dan recordase los momentos de amor con ella. Y al mismo tiempo intentó olvidar que él no era el único que la había compartido durante los dos años de tiempo objetivo.

Muy despacio, Iris se echó encima una larga y casi transparente bata, se calzó unas sandalias y después de arreglarse el cabello negro movió la cabeza, indicando así que estaba dispuesta.

Dan le echó un vistazo de arriba abajo. Desaprobadoramente, dijo:

—Tu vestimenta es excesivamente informal. ¿Tengo que recordarte que disponemos de uniformes?

Ella sonrió.

—Es mejor que no se te suba a la cabeza tu cargo de comandante, cariño. Así no te acostumbrarías. Nos quedan pocas horas a bordo, afortunadamente.

Se movió como si iniciara un vertiginoso paso de baile y la bata mostró generosamente el cuerpo. Dan movió la cabeza. Se encogió de hombros y gruñó:

—Es igual. De todas formas los que estarán en la sala te conocen tan bien como yo.

Salió al pasillo y ella le alcanzó.

—Cuando murió tu compañera Mag y mi hombre en aquel asqueroso mundo debimos ignoramos, cariño le recriminó Iris. —O quizá debimos emparejamos con otros.

Dan se mordió los labios. El pasillo era demasiado corto y la conversación, pensó, podía alargarse. Decidió terminarla diciendo:

—Los seis tripulantes que quedamos nos conocemos bien entre sí.

—Oh, desde luego. Pero tus idilios con Helena y Marta no debieron ser tan satisfactorios como conmigo, ¿eh?

Dan no quiso replicar. La puerta de la sala de reuniones estaba cerca. De allí salían voces y alguna risa. Quizá era la de Marta.

—Dejemos esto —pidió quedamente—. Conservemos al menos la dignidad en ésta nuestra última jornada en el «Lemur».

Iris sonrió e hizo una exagerada reverencia, apartándose a un lado para que Dan entrase primero en la sala. Antes de hacerla, él dijo entre dientes:

—Maldita seas, Iris. Sabes muy bien que siempre me gustaste, y que aunque resulte ridículo decirlo, me enamoré de ti. Y lo sigo estando; pero si lo deseas puedes mandarme a paseo una vez en la Tierra. Por otra parte te ruego que por unos días te comportes de forma adecuada.

Ella asintió y le siguió.

Dentro de la sala dejaron de charlar los dos hombres y las dos mujeres. Nadie vestía el uniforme azul reglamentario, excepto Dan. Arthur, sentado al lado de Marta y a quien manoseaba los pechos, dibujó una burlona sonrisa.

—Hola, comandante —dijo Mario, quien con sus dos metros de estatura hacía aún más pequeño el recinto. Se sentó y puso sus brazos sobre la mesa, pesadamente.

—Sentaos todos, por favor —dijo Dan, roncamente Helena sirvió café y repartió los últimos terrones de azúcar.

—Sabe a mierda —exclamó Arthur apenas probó e primer sorbo.

—Lo hice precisamente con mierda —rió Helena.

De todas formas es mucho mejor que el que tú preparaste la última vez que estuvimos despiertos. Entonces pensé que tu café olía como tus sucios sobacos.

Señalándola con un dedo, Arthur dijo lentamente:

—¿Quieres que te diga lo que usé en lugar de leche?

Irritado, Dan pidió silencio. Mario le apoyó, expresando su cansancio por todo aquello.

—Ya está bien —añadió golpeando la mesa—. Acabemos pronto. No tenemos mucho tiempo. Dentro de una hora aterrizaremos.

Dan pulsó las teclas y anunció que se estaba grabando.

—Como todos ya sabéis, cuando salimos de la velocidad superlumínica, al cruzar la órbita de Plutón establecí contacto con la Tierra. Mientras esperaba la respuesta procedí a despertaros a todos. El Control Central me había sacado a mí de la cripta tal como estaba previsto que sucedería.

»A medida que el «Lemur» se aproximaba a la Tierra, el intercambio de informes se fue haciendo más favorable, ya que las preguntas y respuestas precisaban de menos tiempo.

»Han pasado sesenta años desde que salimos, aunque sólo hayamos envejecido cuatro. Lógicamente sabíamos, al partir, que nos encontraríamos con un mundo muy distinto en nuestro regreso.

—Pero los cálculos entonces previnieron que sólo transcurrían cuarenta años en la Tierra —indicó Mario.

—Así es —asintió Dan—. Cuando murió el comandante y yo me hice cargo del mando, todos decidimos prolongar la exploración, ya que los sistemas visitados resultaron negativos. Eso añadió en la cuenta veinte años más.

—Bien, al grano —apremió Marta—. Hasta el momento tú no nos has dicho todo lo que has averiguado de la Tierra. ¿Es que ya no existe? ¿Algún conflicto nuclear?

—No, nada de eso. Es cierto que hubo guerras, pero pequeñas y pronto fueron controladas. Pero…

Se detuvo y Arthur protestó, instándole a proseguir. Dan aspiró profundamente y añadió:

—Después de nuestra nave no salió al espacio estelar ninguna otra.

CAPÍTULO II

Un profundo silencio, cargado de sorpresa, acogió las palabras de Dan.

—Pero… ¡Eso no es posible! —gritó Mario.

—Así es —replicó Dan—. En la Tierra existe algo parecido a un gobierno mundial llamado Consejo Terrestre. No hay guerras. Apenas partió el «Lemur» se canceló el programa de exploración galáctica.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente. Aquellas enormes sumas de dinero que las naciones más ricas pusieron como solución para descubrir mundos donde enviar los excedentes de población y localizar nuevas fuentes de energía y suministros de materias primas se destinaron a otros proyectos —se encogió de hombros e intentó proseguir con una sonrisa—. Al parecer esos intentos dieron buenos resultados.

—¿Es que ya no existe hambre en la Tierra? —preguntó Iris.

—El funcionario del Consejo Terrestre que habló conmigo pareció indicarme eso. Incluso existe trabajo para todos, puesto que los conflictos laborales no preocupan a los dirigentes mundiales. Pero todo eso tendremos nosotros ocasión de verlo con nuestros propios ojos dentro de poco.

»Ya sabéis que descenderemos en Australia. Allí nos esperará un alto miembro del Consejo, supongo. Su título es Primer Portavoz y equivale a un ministro de alto rango.

Arthur meneó la cabeza.

—No puedo creer que el proyecto acabara con nuestra partida.

Marta hizo un ademán de resignación.

—Bueno —dijo—, en realidad es mejor así. Si hubieran partido las siguientes naves programadas no habrían vuelto con muy buenos resultados. Nosotros apenas exploramos tres planetas

ligeramente adecuados para una emigración masiva.

—Y esos tres mundos no resultaban idóneos al cien por cien —añadió Helena.

—Estoy de acuerdo con vosotros —dijo Dan—. Hemos visitado casi cincuenta sistemas planetarios y en sólo tres localizamos planetas aptos para los humanos, pero con índices elevados de peligro. Pero la galaxia es enorme y más adelante deben existir mundos semejantes a la Tierra. Otras sucesivas expediciones los habrían encontrado.

—Quizá algún día se reanuden las misiones estelares. Dan miró a Helena, que había hecho semejante afirmación.

—¿Después de medio siglo sin enviar ninguna nave?

No sé qué es lo que ha pasado, pero me temo que la Tierra ha perdido su gran oportunidad de conquistar la galaxia.

—No saquemos conclusiones precipitadas —dijo Arthur—. Al menos yo estoy contento regresando. Supongo que nuestras pagas se habrán acumulado en estos años —arrugó el ceño—. Por cierto, ¿alguien recuerda el apartado de nuestros contratos? Me refiero al que se refería si nuestros salarios debían cobrarse por el tiempo transcurrido en la Tierra o en la nave mientras permanecíamos despiertos.

Dan no pudo reprimir una risa. Los demás también mostraron su hilaridad, y Marta recordó a Arthur que a bordo existía un reloj que registraba el tiempo utilizado por la tripulación para las exploraciones, que era el legal para ser remunerado.

El comandante del «Lemur» oprimió los botones y dijo:

—Fin del último informe —se levantó—. Ahora dispongámoslo todo para el descenso. Bueno, me atrevo a pediros que cada uno use su uniforme. Debemos dar una buena sensación al bajar.

Mario soltó una carcajada.

—Sacaré brillo a los botones y lustraré mis botas, comandante. Así deslumbraré a los millares de personas que nos aclamarán apenas asomemos por la esclusa.

Al pasar por su lado, Iris le dijo:

—Cariño, debes pedir una casita junto al mar. Deseo broncearme a tu lado bajo un cálido sol.

Dan observó el dorado hombro descubierto de Iris.

Burlón, dijo:

—Creí que te habías saturado de lámparas solares.

—No es lo mismo que al natural —rió ella—. Vamos. Aún tengo tiempo de acondicionar mi bizarro uniforme.

—Será mejor —suspiró Dan—. El comité de recepción se quedaría sin habla si te viera aparecer así.

* * *

Lord Ashting no estuvo presente en el viejo astropuerto para recibir al «Lemur».

Tampoco hubo una multitud. Apenas unas docenas de funcionarios recibieron a los tripulantes. De entre éstos destacó un hombre alto, de cabellos nevados, pobladas cejas y enjuto rostro.

Se presentó como Hans Keppler y dijo representar al Primer Portavoz del Consejo Terrestre.

—Lord Ashting le aguarda en la capital, comandante.

Dan echó una mirada al desolado paisaje. El «Lemur» no había partido de allí, sino del continente americano. Pero recordó que en Australia se estaba acondicionando un gran complejo de donde saldrían hacia las estrellas las siguientes naves exploradoras.

Al parecer los trabajos quedaron interrumpidos cuando el proyecto se canceló. Del fabuloso astropuerto sólo quedaban unas tristes instalaciones mal cuidadas. Una sección, apenas una décima parte, se usaba para vuelos continentales.

Volvió la cara sobre Keppler, un tanto molesto por la mirada penetrante del individuo. Al girar la cabeza vio a sus cinco compañeros, detrás suyo. Sus expresiones eran variadas y pasaban desde el más profundo escepticismo de Mario a la burlona sonrisa de Iris.

Se acercaron unos vehículos y algunos hombres empezaron a subir a la nave. Dan los siguió con la mirada y Keppler explicó:

—Bajarán sus pertenencias que les enviaremos enseguida. Ahora, si me lo permiten, les conduciré a un reactor que nos llevará a América.

—¿A qué ciudad?

—Ah, es una nueva, en el desierto de Nuevo México.

No es muy grande. Apenas un millón de habitantes. Allí está

enclavado el Consejo Terrestre. Su nombre es Dos Lagos.

Un largo y cómodo vehículo les condujo a través de viejas instalaciones hasta las pistas de despegue, en donde les aguardaba un estilizado reactor.

Apenas se acomodaron levantó el vuelo y puso rumbo al Este.

Keppler se disculpó y desapareció por la puerta que conducía a la cabina de los pilotos.

Aunque durante el vuelo fueron atendidos por solícitas azafatas, los tripulantes del «Lemur» se sintieron relegados, casi olvidados.

Dan, sentado junto a Iris, escuchó el comentario de Arthur:

—Amigos, podía imaginarme cualquier cosa, excepto este recibimiento tan frío.

Iris comenzó a hablar de cosas triviales. Mencionó varias veces la casita que soñaba junto al mar, en una dorada playa, y Dan pensó que ella pensaba en serio respecto a tan idílico paraje.

Al poco rato la chica se quedó dormida y Dan pudo dedicarse a sus pensamientos con absoluta tranquilidad.

Keppler no salió de la cabina hasta que el reactor estuvo a punto de aterrizar.

Mientras sus compañeros fueron llevados a un edificio aislado, que Hans Keppler dijo era un hotel, rodeado de jardines y pequeñas casas de apenas cuatro o cinco plantas, Dan fue conducido a un vehículo y trasladado al palacio del Consejo Terrestre.

Allí, Hans le llevó a presencia del Primer Portavoz, dejándole a solas.

La primera impresión de Dan ante el mandatario fue decepcionante. Lo encontró obeso, con empalagosa sonrisa y una apariencia prefabricada, como si constantemente estuviera haciendo campaña electoral.

—Señor Walker, en nombre de la Tierra le doy la bienvenida a usted y sus compañeros.

—¿Por qué no están ellos conmigo? —preguntó Dan, mientras a instancias del Primer Portavoz se sentaba ante la mesa de caoba.

—Bueno, quizá mi colaborador, el señor Keppler, pensó que existía algún protocolo por el cual sólo usted debía conversar conmigo. Ah, señor Walker, toda la población terrestre se congratula por el regreso del «Lemur».

Dan movió la cabeza, como dudando de lo que oía.

—La verdad es que en Australia no vimos por ninguna parte la más íntima muestra de afecto.

Lord Ashting arrugó el ceño, como si no hubiese entendido. Luego pareció comprender y estalló en carcajadas, que sonaron desagradablemente a los oídos de Dan.

—Entiendo. Se refiere a que allí no encontraron millares de enfervorizados seres aclamándoles.

—No pretendíamos tanto, señor.

—Bien, la verdad es que ustedes desconocen un poco las actuales circunstancias y costumbres de las gentes —el Primer Portavoz sonrió beatíficamente—. La época de los ídolos pasó, mi buen amigo. No olvide que aquí han pasado…

—Sí, lo recuerdo: sesenta años.

—Y también sabe queja gente perdió todo interés por los vuelos estelares, ¿no?

—Sí. No pretendemos ser considerados héroes, señor. Simplemente nos sorprende la frialdad…

—Entiendo, entiendo. Actualmente la gente es excesivamente cómoda. Las familias están muy unidas y la vida hogareña es intensa durante ciertas horas. Por lo tanto, presumo que obviamente ustedes despertaron el lógico interés, pero el acontecimiento fue seguido por televisión desde los confortables hogares.

Dan se humedeció los labios y acto seguido lord Ashting se incorporó con tanta premura que el astronauta no pudo por menos que sorprenderse ante tan inusitada agilidad.

—Permítame que le ofrezca…

Dan le vio dirigirse al mueble-bar y sabiendo que pecaba de maleducado, se apresuró a solicitar:

—Un *whisky* con hielo, por favor.

Y entornó los párpados, preguntándose si sabría reconocer el sabor de un auténtico escocés.

Por el rabillo del ojo vio al Primer Portavoz sacar dos vasos y llenarlos con un líquido incoloro que vertió de sendas botellitas. Frunció el ceño. ¿Acaso no le había oído solicitar un *whisky*?

Pero cuando en uno de los vasos vio que Ashting echaba unas bolas de hielo se preguntó qué clase de juego era aquél.

El político le entregó el vaso, ya frío, y dijo después de hacerlo entrechocar con el suyo:

—Por usted y los tripulantes del «Lemur», comandante Walker.

Bebió. Y a través de su vaso observó la imagen distorsionada del obeso Ashting vaciar de un trago su dosis de incoloro líquido.

Ashting chasqueó la lengua y dijo:

—Ah, me reconforta un martini seco a estas horas. Dan bebió más y sintió la helada agua en la garganta.

El Primer Portavoz tomó dos botellines más del mueble y le preguntó si deseaba más.

Dan respondió que no, y hubiese agregado que por el momento no tenía más sed.

—Ahora hablemos, pues, de su futuro, comandante Walker. Y, por supuesto, también del de sus compañeros —sonrió mientras vaciaba otro botellín—. Tengo entendido que lamentablemente murieron cuatro de los tripulantes.

Dan depositó sobre la mesa un abultado legajo. —Ahí tiene usted todos los informes, señor. Supongo que es a usted a quien debo entregárselos.

Ashting echó una indiferente mirada a los papeles. —Sí, claro. Lo haré más tarde. ¿De veras que no desea otro trago?

—No, gracias. —Dan dejó su vacío vaso sobre la mesa y se preguntó qué clase de juego era aquél—. Descubrimos tres planetas que pueden ser colonizados, señor. Los datos…

—Oh, comandante. ¿Es que no fue informado mientras se acercaban que ahora nos importa muy poco el espacio exterior? Por Dios, no se ofenda. Valoramos en lo que merece su gesta, pero olvídese de esos lejanos mundos. ¿Para qué los necesitamos cuando tenemos el más maravilloso planeta de la galaxia?

—Conozco el asunto, señor. El proyecto fue abandonado.

—Pero usted y sus compañeros no tienen que preocuparse en absoluto. Recibirán una pensión suficiente de por vida. Y si desean trabajar pueden hacerla sin riesgo de perder una cantidad mensual fija. Los puestos de trabajo sobran en la Tierra.

—Me alegra escuchar eso. Mis compañeros y yo…

—Ustedes pueden hacer lo que les guste. Por el momento vivirán en el hotel donde el señor Keppler les ha llevado. Luego decidan el lugar adonde deseen ir y serán gratamente servidos.

Dan empezó a sonreír, abrumado ante tal cúmulo de facilidades.

—La verdad es que no sé qué decir. Todo esto me parece irreal.

—Es auténtico.

—Creo que Iris y los demás recibirán alborozados las noticias.

—¿Iris es su compañera? —preguntó lord Ashting guiñando un ojo—. Había pensado que en el «Lemur» existía absoluta libertad respecto al sexo.

—No le suponía tan al tanto, señor —dijo Dan, poniéndose en guardia.

—He leído algo respecto al «Lemur» apenas me informaron de su aproximación a la Tierra. ¿Me equivoco, comandante?

—No. Pero al final cada pareja quedó estabilizada.

—Ah, muy romántico. Actualmente los matrimonios están de nuevo en moda. Si lo desean pueden legalizar su situación. Sería algo práctico, sobre todo de cara a cuestiones financieras.

—No pensamos en eso por ahora, señor.

—Olvídelo entonces. Disfruten de la vida, muchacho.

El Primer Portavoz se incorporó y pasó amigablemente el brazo por el hombro de Dan, conduciéndolo pausadamente hacia la salida.

—Un día de estos celebraremos una fiesta —dijo—. Mis compañeros consejeros desean conocerles personalmente. Ya les avisaré. Confío que asistirán complacidos.

—Desde luego.

Dan no pudo contenerse más y se detuvo. —Lord Ashting…

—¿Sí?

—Es… una tontería. Sólo curiosidad. ¿Qué me dio a beber?

El político le quitó el brazo del hombro y por un momento miró a Dan como a un bicho raro. —Lo que usted me pidió.

—Pedí *whisky*.

—Exacto. ¿Es que no bebió *whisky*?

CAPÍTULO III

—Era simplemente agua, cariño.

—Ya me lo has dicho —replicó Iris con mal humor.

Fumaba un cigarrillo, sentada en la cama.

A su lado, Dan sostenía otro apagado. Apenas había dado una chupada.

—Deja de pensar en eso de una vez —le reprendió Iris, mirándole como tenía la mirada perdida en un rincón sumido en la penumbra del dormitorio.

—Ese tipo debía estar borracho. —Dan se dio cuenta que llevaba el cigarrillo apagado y tomó el encendedor de la mesita de noche—. Pero lo peor es que él bebió agua también y aseguró que era un martini.

—Oh, Dan. ¿Es que no vas a dejar de pensar en esa tontería toda la noche? ¿Puedo decirte que me has decepcionado, que nunca estuviste tan frío?

—Lo siento —se disculpó, pensando que aquella noche, como amante, había sido una calamidad—. Pero me pregunto una y otra vez si no se trata de una broma.

—Sería una broma estúpida.

—Observé el mueble-bar. Allí no había botellas. Sólo vasos, copas y esos botellines de cristal blanco, con agua.

—Tal vez no era agua, sino soda o gingerale. —Iris saltó de la cama y desnuda caminó por la moqueta del dormitorio. Llegó hasta la ventana medio abierta, que cerró. Comentó que empezaba a tener frío y agregó—: Debes referirte a esos botellines que llenan el frigorífico.

—¿A qué te refieres tú?

—¿Es que no has echado un vistazo al frigorífico?

También hay más botellines en lo que debería ser el mueble-bar del saloncito.

Dan se echó fuera de la cama y salió del dormitorio. En el pequeño salón había un frigorífico en un rincón. Lo abrió. La luz interior se encendió y mostró dos hileras de botellines.

Tomó uno y al presionar el gollete saltó el cierre hermético.

Miró a Iris, que se había puesto a su lado, con los brazos cruzados sobre los pechos. Ella le observaba con gesto paciente.

Dan tomó un trago, lo paladeó y ofreció el botellín a Iris, pidiéndole que lo probase.

Iris bebió y dijo:

—Agua. ¿Y qué? Pensarán que tenemos siempre mucha sed —rió —. Quizá saben que a bordo del «Lemur» bebíamos agua reciclada y estamos ansiosos por algo que no sea orina tratada.

Dan negó con la cabeza vigorosamente.

Se puso un batín y pidió a Iris que se cubriese con algo, ya que pensaba llamar a Mario, que compartía con Helena la habitación adjunta.

—Te estás volviendo muy puritano —ironizó ella, pero le obedeció, vistiéndose con una larga camisa que precariamente la cubría hasta la cintura.

Mario acudió con sueño en los ojos. Parpadeó al ver el aspecto de Iris y terminó sonriendo cuando se sentó pesadamente en una butaca.

—Os advierto que no estoy en condiciones para una orgía — dijo.

Dan apretó los labios y trató de tener calma.

Explicó lo que le había pasado. Cuando pretendió que Mario probase el contenido de otro botellín, éste e dijo:

—Mientras tú estabas con el Primer Portavoz yo ya me había percatado del asunto de esas pequeñas botellas conteniendo lo que llamas agua.

—¿Es que se trata de otra cosa?

Mario se encogió de hombros, ahogando un bostezo.

—Pedí a Keppler un par de botellas de *whisky* o *brandy*, lo que fuese. Helena y yo queríamos tener una noche movida, la primera en la Tierra. La verdad es que no conseguimos emborrachamos.

—¿Por qué? —preguntó Dan, encendiendo uno de aquellos cigarrillos terrestres, de irritante sabor dulzón.

—Demonios, Dan —exclamó Mario—. Keppler me puso al

corriente de esas botellitas. Lo que contienen lo llaman zatel y es algo que hace furor actualmente. Bueno, en realidad desde hace bastantes años.

—Explícate.

—Alguien inventó hace unos cincuenta años el zatel. —Mario movió las manos—. Las compañías de bebidas refrescantes, licores y vinos se hundieron o tuvieron que asociarse para fabricar zatel. Ese zatel parece algo mágico. Es igual, pero cada bebedor supone que ingiere lo que desea.

Dan quedóse con la boca abierta. Miró a Iris y ésta se encogió de hombros, como si el asunto no tuviese la menor importancia para ella.

—¿Quieres decir que el zatel posee características psíquicas o somáticas… o lo que sea?

—Sí. Por supuesto su contenido se lleva muy en secreto y existe una fabulosa industria a su alrededor. ¡Es una de las sorpresas que nos ha deparado ésta era, muchacho! Por supuesto su precio es muy barato, y aunque se puede coger una buena trompa, si lo que tu mente quiere beber es alcohol, al día siguiente no queda resaca alguna.

Iris se contoneó y dijo a Dan poniéndose delante él:

—¿Estás ya más tranquilo, encanto? —se volvió hacia Mario—. ¿Sabías que nuestro comandante no podía pegar un ojo pensando en esa dichosa bebida?

Mario bostezó ruidosamente y dijo:

—Me voy a dormir.

—Un momento —le pidió Dan—. Dijiste que el zatel se convertía en el licor o refresco que deseaba el consumidor, ¿no? Pues bien, yo lo bebí y me supo a agua, algo insípido.

—Es natural —sonrió Mario—. Cuando Hans Kepler me informó yo liquidé dos botellines y le comenté que para mí seguía siendo agua. Helena también bebió pero comentó que le supo a vino de baja graduación. Siempre dije que mi chica tenía un paladar desastroso.

—¿Por qué a nosotros el zatel no produce el mismo síntoma que a los demás? —preguntó Dan.

—¡Qué sé yo! —exclamó Mario dirigiéndose resueltamente a la salida. Añadió entre dientes que se caía de sueño; pero al llegar a

poner la mano sobre el picaporte, se volvió y dijo preocupado:

—Keppler, por cierto, se mostró sorprendido primero y luego su semblante se ensombreció al ver que tanto a Helena como a mí el zatel nos resultaba indiferente Bueno, a Helena no tanto. Pero la condenada se rió ante Keppler y éste se largó un tanto enfadado.

Se marchó dando un portazo.

Dan escuchó la ligera tos de Iris a su espalda.

—Ya está bien por esta noche. Me voy a la cama.

—Yo iré luego —replicó Dan, encendiendo un nuevo cigarrillo. Se acomodó en un sillón, tomó entre sus manos un zatel y lo estuvo observando largo rato.

* * *

Hans Keppler se restregó las manos, aguardando el comentario de Luis Middleton, cuya imagen cetrina mostraba el visor.

—Ciertamente, el asunto es preocupante —dijo Middleton—. En mi entrevista con lord Ashting ya temía algo parecido. Así se lo hice saber. El muy estúpido me aseguró que no pasaría nada.

—Lógicamente, lord Ashting estaría en actitud receptiva, ¿no?

—Sí, por supuesto. ¿Qué hay de las otras parejas?

—Tras mi sorpresa ante el resultado negativo en Helena y Mario me personé en la *suite* de Arthur y Marta con una excusa. Ellos ya sabían de los efectos del zatel porque un camarero se lo explicó. Me aseguraron que se habían atiborrado de ginebra.

—¿Entonces en ellos el efecto sí se produjo?

—Así parece ser.

—¿Y el comandante y la chica llamada Iris West?

—A ésos los investigaré mañana.

Middleton hundió la aguda barbilla en el pecho y Keppler respetó el estado de meditación de su jefe.

—Debemos apartarlos, Hans —dijo al cabo de un instante.

—Iris West desea trasladarse a la costa. Quiere una casa junto al mar.

—Proporciónesela. Y que estén siempre vigilados.

En cuanto a Mario y Helena los quiero en Dos Lagos.

—¿Qué hacemos con la tercera pareja? Creo que pretenden

permanecer en la ciudad. Increíblemente, les gusta.

—¿Por qué? —preguntó Middleton con asombro.

—Tal vez porque Dos Lagos ofrece mucha diversión nocturna. Mario piensa que con dinero suficiente podrá encontrar en algún establecimiento auténtica bebida alcohólica.

—Entonces los dejaremos aquí.

—Ordenaré que sean vigilados, señor.

—A esos dos más que nadie. Pero averigüe cuanto antes si el comandante e Iris son inmunes o no al zatel.

—Mañana mismo le informaré, señor.

* * *

Cuando dos días más tarde Helena contó a Dan que Mario dormía una fenomenal borrachera, éste quiso saber si al fin el zatel le producía el efecto lógico.

—Nada de eso —suspiró Helena—. Le han entregado mucho dinero y gastó una buena parte en conseguir una botella de ron.

—Creí que ya no quedaban licores auténticos.

—Un empleado de este hotel se la proporcionó. Creo que la sacó de un museo o un coleccionista excéntrico la tenía.

Se encontraban en el comedor y Dan removió con la cuchara su crema vegetal. Helena le tomó una mano y le preguntó con interés:

—¿Sigues de uñas con Iris?

—¿Qué sabes tú?

—Oh, vamos, Dan. No puedes engañarme. Iris siempre fue inestable emocional mente. Era mi amiga mucho antes de emprender el maldito viaje a las estrellas. ¿Estás seguro que ella te quiere?

—Eso pensé —Dan se encogió de hombros—. Pero desde que volvimos parece otra. Siempre creí que lo nuestro duraría. Lo que comenzó como una rutina permaneció ya el resto del viaje.

—Claro que sí. Cuando ella cogió sus cosas y se fue a tu camarote no te engañó con Arthur o Mario, pero yo siempre sospeché que esto sucedería.

—¿Por qué?

—Tú le gustabas más que los otros, pero ella ahora está en la

Tierra y ve otros hombres. Dan, no quiero herirte, pero tal vez en estos momentos esté por ahí, intentando llevarse a uno que le guste a la cama.

Dan movió la cabeza y sonrió un poco.

—No te esfuerces en hablar con ese tono tan maternal para evitar herirme con lo que es la verdad. Sé que Iris va a la caza del macho. No puedo impedírselo porque ella es libre —se tocó la sien —. Antes de partir nos inculcaron profundas ideas liberales respecto al sexo. A toda costa querían evitar nuestros jefes, hace sesenta años, que el «Lemur» se convirtiese en escenario de una tragedia pasional. Solamente, Helena, me habría gustado que ella me dijese que no quería seguir conmigo. En la cara, mirándonos fijamente.

—Celebro que te lo tomes así —sonrió Helena. Siguió comiendo y al cabo de unos segundos agregó—: ¿Sabías que Arthur y Marta se marcharon esta mañana a primera hora?

—No. Me dijeron que les gustaba Dos Lagos.

—Ignoro cómo los convencieron, pero creo que viajan ahora hacia Europa.

—¿Qué haréis tú y Mario?

—Se lo preguntaré cuando salga de la borrachera.

—¿Sigue Iris con el pensamiento fijo en una playa solitaria?

—Tal vez haya cambiado de pensamiento. No seré yo quien se lo pregunte —agrió el tono de la voz al concluir—: Por mi parte puede hacer lo que le venga en gana.

CAPÍTULO IV

Transcurrió una semana y Dan no volvió a ver a Iris. Recibió un mensaje de Arthur desde París. Estaban magníficamente instalados en una lujosa casa en las afueras de la gran ciudad y afirmaba que tanto él como Marta estaban encantados. Terminaba diciendo que era lamentable que los buenos vinos franceses no existiesen ya y que estaba harto de beber zatel, que le seguía sabiendo a agua, aunque afirmase a todos que compartía con ellos la increíble sensación de convertir aquel brebaje en coñac o champán. Explicaba que fingía, igual que su compañera, para no ofender a la actual sociedad parisina.

Por el contrario, Mario despotricaba a menudo de la falta de alcohol, sobre todo cuando acabó con las existencias del desconocido coleccionista y su proveedor no pudo suministrarle ya más botellas.

Dan recibía de vez en cuando la visita de Hans Keppler, que siempre le preguntaba si deseaba algo. En más de una ocasión le interrogó respecto al zatel, si ya lo encontraba a su satisfacción, como toda la población mundial.

—Aún no, pero deseo fervientemente experimentar algún día lo que al parecer me está vedado ahora —solía responder Dan, incapaz de comprender a qué venían tantas preguntas acerca de la bebida.

Keppler fruncía más el ceño, le deseaba que lo consiguiese pronto y ahí, generalmente, terminaba la entrevista.

Dan le agradeció que nunca le preguntase por Iris, aunque él por su parte le habría gustado saber de ella y pedirle a Keppler que le dijese si se encontraba bien.

Tenía una cuenta corriente en un Banco y su tarjeta de crédito parecía no tener fin. La factura del hotel estaba siempre pagada y Dan empezó a considerar la conveniencia de hacer algo más que perder el tiempo.

Empezó a conocer la ciudad.

Dos Lagos era una urbe relativamente moderna. Apenas contaba con treinta años, pero ya existían en ella barrios que le desagradaron. Al notar el contraste con los perímetros donde estaban enclavados los edificios administrativos del planeta, se sintió intrigado y se dijo que aun conocía poco de aquel mundo en el que tenía que vivir.

Frecuentó restaurantes, salas de diversión, teatros y estadios deportivos, siempre alerta, con escrutadora mirada sobre las gentes, estudiando su comportamiento.

Lo primero que Dan notó fue una ausencia total de delincuencia.

Aunque Keppler exageró al afirmar que no existía problema laboral, pronto comprobó que esto no era cierto. Existía paro, pero el subsidio social era amplio y nadie podía lamentarse de quedarse sin comer.

Cuando comunicó a Keppler que deseaba conocer otras ciudades, pero sin abandonar su residencia en el hotel, el funcionario le aseguró que podía ir adonde quisiera, aunque siempre debería informarle del lugar donde pernoctase.

Dan hizo las maletas y recorrió América del Norte de extremo a extremo. Cuando llegó al sur empezó a cansarse de viajar. Pero también había visto demasiado y sus conclusiones no eran del todo satisfactorias para él.

Estaba ansioso por volver a Dos Lagos. Su ausencia había durado casi tres meses y de nuevo en el hotel se apresuró en buscar a Mario.

Encontró el apartamento vacío. La dirección le comunicó que había sido abandonado hacía un mes.

Dan acudió de inmediato ante Keppler, quien le dijo que Mario y Helena se habían marchado a algún lugar de África, que él desconocía.

—Eso no puedo creerlo, señor Keppler —dijo secamente, mirando fijamente a los ojos del hombre.

—¿Por qué no, señor Walker? —preguntó Hans, pausadamente.

—Usted siempre ha sabido donde yo estaba. Y sé que no era preciso que yo le mantuviese informado, pese a que lo hacía.

—No le entiendo.

—Me seguían. Aunque procuraban pasar inadvertidos, siempre

había un hombre cerca de mí.

Keppler echó la cabeza hacia atrás.

—Es usted muy observador, señor Walker.

—¿No niega que me seguían?

—De ninguna manera. Lo hacíamos por su seguridad.

—En este mundo parece no existir delincuentes —rió Dan con burla—. No creo que usted hubiese temido que me asaltaran. Por lo tanto, usted debería saber dónde está ahora Mario. ¿O es que sólo me vigilaban mí?

—Está sacando extrañas conclusiones —Keppler se acomodó en el asiento de su despacho y siguió hablando suavemente—. Los miembros del «Lemur» son personas del pasado. No queremos que les pase nada. Sólo deseamos que sean felices en ésta era. En cierto modo ustedes representan una época algo lejana no del todo satisfactoria. Durante algún tiempo debemos ser cuidadosos con ustedes, con su seguridad. Digamos que deseamos evitarles problemas. ¿Desea un trago, señor Walker? Confío que durante su largo viaje haya conseguido sacar al zatel todas sus extraordinarias propiedades.

—Cuando quiera agua la beberé del grifo —respondió Dan con acritud. Por la mirada de Keppler pensó inmediatamente que había cometido una equivocación.

—Señor Walker, la sociedad actual es feliz. En el mundo no hay guerras ni serios problemas. Todo el mundo trabaja. Y quien no encuentra empleo, muy a su disgusto, el Consejo cuida de sus más importantes necesidades. ¿Qué nos tiene que censurar? ¿Sólo el hecho que hayamos sustituido el peligroso alcohol por algo inocuo que no daña la salud?

—El zatel sería lo menos importante en este caso Volvamos al asunto que me ha traído aquí, señor Kepler. ¿Dónde están Mario y Helena?

—Le repito que no lo sé. Ellos se marcharon a costa Este y allí perdimos su rastro. Como habrá podido comprobar aquí, ahora, no se precisan de pasaportes. Disponían de dinero y tal vez, como ya le he dicho, se encuentren en África. Nuestros indicios nos llevan a suponerlos allí.

Dan entornó los ojos. Aquel hombre hablaba con gran seguridad. La inexpresividad de su rostro no ofrecía el menor resquicio para

presumir que le estaba mintiendo. Podía conversar con él durante días y nunca notaría un cambio sustancial en el tono de la voz.

—Supongo que Arthur seguirá en París —resopló Dan.

—Desde luego. En la misma dirección. ¿Por qué no lo comprueba?

Dan lo hizo aquélla noche. Llamó al domicilio de Arthur y Marta. Fue esta última quien apareció en la pantalla. Luego lo hizo Arthur y ambos le aseguraron que eran felices. Dan se apresuró a buscar una excusa cuando ellos se interesaron por Iris, despidiéndose enseguida. Iris. El recuerdo de Iris hizo que Dan hiciera unas investigaciones. Quería saber, al menos, si se encontraba bien. No le importaba con quién.

Pero Iris había desaparecido. Sólo en una ocasión, cuando él se encontraba de viaje, apareció por el hotel con el fin de recoger sus ropas. Un empleado le dijo que afuera le esperaba un hombre al volante de un lujoso coche.

Dan no salió durante los dos días siguientes del hotel. De hecho, no había pisado las calles de Dos Lagos desde su regreso. Se hacía servir la comida en la *suite*, aunque apenas probaba bocado.

Se pasaba todo el día tumbado en la sala, fumando y poniendo en orden sus ideas y conocimientos adquiridos durante el largo recorrido por el continente.

Se acordó de Mario y de sus aficiones por la bebida. En aquel momento le habría gustado tener algo fuerte a su alcance y aturdirse, emborracharse.

En aquel cochino mundo ni siquiera existían drogas.

Habría recurrido a ellas como sustituto de la bebida.

Pero al parecer la población del mundo encontraba salida a sus inhibiciones en el zatel. Había leído en alguna parte, días atrás, que existían personas que podían conseguir los mismos efectos que los alucinógenos con el zatel. Sólo que para ello se requería un cierto poder mental poco corriente y gran dosis de concentración.

Probó a abrir una botella de zatel. Nada. Para su paladar seguía siendo insípida agua. Al caer la noche se había quedado adormilado cuando su oído percibió el leve rumor de pasos sobre la moqueta.

Abrió los ojos y vio delante a una mujer.

Era muy hermosa en su traje ajustado, dejando al descubierto una gran parte de su escultural cuerpo, como era la moda actual. Le

miraba con interés.

—Usted es Dan Walker, el hombre del pasado —dijo la mujer, tomando asiento frente a él. Cruzó las piernas esbeltas y empezó a balancearlas.

Dan se incorporó de un salto, quedando sentado con las manos apoyadas con fuerza en el mullido cojín.

—¿Quién es usted? Si es la camarera le aseguro que el servicio de este hotel está mejorando.

Ella soltó una carcajada y encendió un largo pitillo. Tras lanzar una azulada bocanada, dijo:

—Me llamo Grace Sullivan y desde hace varios días estoy intentando verle.

Dan se pasó la mano por la cara. Pensó que si aquella mujer deseaba una aventura con un hombre que había nacido casi medio siglo antes que ella, él no estaba dispuesto a defraudarla.

Durante su viaje había podido comprobar que las mujeres de aquella época se entregaban fácilmente a un desconocido si les apetecía. En más de una ocasión Dan reveló su identidad a seductoras féminas y su condición de astronauta, aunque no despertaba exclamaciones de asombro ni terminaba firmando un autógrafo, era un aliciente para que se les arrojasen a los brazos.

—Es usted muy tenaz, señorita Sullivan. Ella acentuó su sonrisa.

—Por favor. Será mejor que abandonemos las formalidades y nos tuteemos.

—Como quieras, preciosa —dijo Dan—. Vienes caída del cielo. Me estaba aburriendo.

—No es lo que te imaginas.

—¿No? ¿Qué entonces?

—El asunto que me ha traído aquí es importante.

Dan, defraudado, movió la cabeza de arriba abajo.

—Entiendo. Eres periodista.

—Vayamos al grano. No tengo tiempo. Me he arriesgado mucho entrando aquí. Hemos tenido que burlar la vigilancia.

—¿Hemos? ¿Es que sois más?

—Cuántos no importa ahora. Mis compañeros han distraído al tipo que te vigila. Estaba en el vestíbulo.

—Sabía que me vigilaban, pero no que estaba en el hotel.

—Lo cambian cada día. Son muchos, que se turnan. ¿Es que no

te has dado cuenta de nada?

—¿A qué te refieres?

—A todo. Durante varias semanas has estado viajando por este país. Supongo que algo habrás visto que te haya sorprendido, sobre todo siendo un hombre del pasado.

—No lo niego.

—Lamentablemente, mientras viajabas, no pudimos ponernos en contacto contigo. Cuando supimos que habías regresado decidimos que había llegado el momento de hablarte.

—Bien. Ya lo estás haciendo. ¿Qué tienes que decirme?

—Son demasiadas cosas. Te he dicho que no hay mucho tiempo.

—No lo entiendo entonces.

—Debes venir conmigo.

—¿Eh? ¿Quieres decir que te siga? ¿Por qué habría de hacerlo? Todo esto es muy extraño.

Grace hizo un gesto de impaciencia.

—Debes decidirte pronto. En cualquier momento puede acudir tu guardián.

—¿Por qué? Nunca me han molestado…

—No, pero esta noche ha podido sospechar que nosotros lo hemos distraído para acercamos a ti. Es posible que quiera asegurarse que continúas aquí antes de informar a su jefe.

—Esto es absurdo. Suena como a conspiración. Ella asintió con vigor.

—En cierto modo es una conspiración. Escucha, amigo. Tú te has hecho preguntas a las que no encuentras respuestas. Pues bien, yo y mis compañeros estamos en condiciones de dártelas. Además, tú ya no tienes tiempo. Hans Keppler está cansado de ti y en cualquier momento puede actuar.

—¿De qué forma?

—Keppler sólo espera una orden superior para eliminarte.

—Estás loca.

—Tú lo estás si continúas aquí —Grace hablaba cada vez más nerviosamente—. ¿Es que la ausencia de tus amigos Mario y Helena no te hace sospechar que Keppler miente al decirte que no sabe dónde están?

A Dan le resultó difícil admitir que Grace tenía razón. Ante la mujer no sintió el menor deseo de darle la razón. Permaneció

callado.

—Lo siento, pero no me marcharé de aquí —dijo rotundamente —. Mira, preciosa, si lo que deseas es que haga el amor contigo no debes andarte con tantas tonterías. Tú me gustas y los dos lo pasaremos bien. Por lo tanto…

—¿Qué pensarías si te digo que para mí el zatel tampoco significa nada?

—No sabría qué pensar. ¿A qué viene ahora habla de zatel? Empiezo a pensar que estás loca, nena. También, que te intereso como hombre teóricamente muy viejo y que viajó a las estrellas.

—Tonterías. Ni tú ni tus compañeros de viaje a las estrellas interesa a casi nadie en este mundo —Grace soltó una risa nerviosa —. ¿Dónde está la recepción que te prometió el Primer Portavoz? ¿Qué pasa con el interés de los consejeros por conocer a los viajeros del pasado? Nadie se interesa en vosotros, repito. Sólo nosotros.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Somos elementos peligrosos para los que gobiernan el mundo porque no nos hemos integrado en la sociedad vacía que ellos dominan mediante el zatel.

CAPITULO V

Grace se incorporó con desaliento.

—Siento no poderle convencer, señor Walker.

—Un momento —pidió el comandante—. Dígame dónde debo ir y le aseguro que mañana estaré allí.

Ella negó con la cabeza, mirándole como si hubiese dicho una broma.

—Usted parece no haber entendido nada. ¡Por Dios, es que no ha visto nada por esas ciudades que ha visitado que le haya revuelto el estómago!

Dan riose del inusitado enfado de la chica.

—Estás enfadada, preciosa. Ya te has olvidado de tutearme. Pero estás muy hermosa así.

—Estás seguro que todo esto es una broma, ¿no? Dan asintió.

—Confieso que sí. Pienso que tú eres una de tantas mujeres aburridas que buscan emociones diferentes, excitantes. Juegas a ser una conspiradora y…

—Calla. No sigas. Al parecer no tengo más remedio que decírtelo. Nosotros tenemos a Iris.

—¿Secuestrada?

—No. Por el contrario, a salvo. Cuando el tipo que vivía con ella se aburrió de su compañía, Iris lo pasó mal. Seguía sin encontrar refugio en el zatel y Keppler se cansó de que esa maldita droga la sumiera en la indiferencia, como a casi la mayor parte de la Humanidad. Quiso eliminarla y nosotros la salvamos.

El hombre se levantó y caminó unos pasos hasta ponerse muy cerca de Grace.

—Es el mayor embuste que he oído…

No siguió. En aquel momento la puerta se abrió en el salón entró un hombre. Llevaba un arma en la mano derecha. Enseguida posó su mirada en Grace y hacia la chica dirigió el cañón de la pistola.

Dan pensó por un momento que sólo se trataba de una investigación, pero notó algo raro en la mirada d hombre y, sorprendentemente, una décima de segundo antes que apretase el gatillo intuyó que dispararía.

Empujó a Grace, tirándola al suelo. La bala paso por encima de los rubios cabellos de la muchacha.

—¿Está loco? —gritó Dan avanzando hacia el hombre.

El arma se volvió contra él y Dan apenas tuvo tiempo de echarse a un lado mientras sonaba el segundo disparo.

Dan sintió el impacto en el brazo izquierdo. Retrocedió unos pasos, hasta tropezar con una butaca y cayó de espaldas. Un nuevo disparo pasó a pocos centímetros de su cadera derecha.

Desde el suelo, Dan vio cómo el hombre volvía apuntar contra él.

El disparo que tronó entonces no fue hecho por el arma de aquél tipo, quien pareció saltar en el aire y caer doblado por la Cintura. Al volverse, Dan vio que Grace amartillaba una pequeña pistola.

Dan corrió hasta el caído y lo hizo volver. El impacto lo había recibido en la mejilla izquierda, de abajo hacia arriba. El proyectil había salido por el cuero cabelludo.

—Está muerto —dijo mirando a Grace.

—Espero que esto te convenza. Te advertí que no teníamos tiempo. Es el vigilante del vestíbulo. Sospechaba que alguien de mi grupo estaba contigo y subió para liquidarnos.

—Querrás decir para matarte a ti, tal vez.

—La primera bala estaba destinada a mí, pero tú habrías sido la segunda víctima. Keppler ha decretado tu muerte, Dan.

Dan agitó la cabeza y dijo:

—Está bien. Te sigo.

* * *

Ante Iris, Dan se sintió impresionado.

La muchacha estaba tendida en una cama y parecía dormir profundamente. Tenía una sonda en la nariz y otros tubos desaparecían por debajo de la sábana. Junto al lecho había varios aparatos que registraban sus signos vitales constantemente.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó con angustia a Grace y al hombre, con bata blanca, que permanecían su lado.

Grace le hizo salir de la habitación. Lo condujo a otra, donde el médico, llamado Peterson, explicó:

—Iris se dio cuenta de que los hombres de Keppler iban a matarla y pudo escapar —ofreció cigarrillos y Dan, maquinalmente, aceptó uno—. Durante varios días estuvo huyendo por la ciudad. Le dispararon en un callejón y, no sabemos cómo, consiguió salir de allí, nosotros también íbamos detrás de ella y la hallamos muy malherida.

—Desde entonces la cuidamos —concluyó Grace.

—¿Qué tal es su estado? —preguntó Dan.

El rostro del doctor se ensombreció.

—No puedo engañarle. Iris tiene pocas posibilidades de salvarse. Necesitaría ser recluida en una clínica, en donde con los medios adecuados tendría alguna posibilidad. Aquí poco o nada podemos hacer por ella. Acaso mantenerla con vida.

—¿Qué están esperando para llevarla a un hospital?

Grace y Peterson miraron a Dan sorprendidos.

—Eso significaría la muerte inmediata —explicó Grace.

—Pero no podemos dejarla morir aquí.

Peterson aplastó el cigarrillo, casi sin fumar.

—Soy médico y cuido a Iris cuando puedo. Tengo que ir diariamente a mi trabajo, ¿sabe? De todas formas estamos buscando el medio de trasladarla al Norte. En Montreal tenemos una pequeña clínica regentada por uno de los nuestros.

—¿Por qué no la han llevado ya?

—Tenemos que ser prudentes. Si damos un paso en falso toda nuestra organización sería descubierta. El Consejo Terrestre tiene ligeras sospechas de nuestra existencia, pero no puede ni imaginarse que somos tantos y contamos con medios eficaces. Tal vez dentro dos días podamos conducirla al Norte. Una vez en la clínica estaría a salvo en poco menos de un mes.

Dan se pasó la mano por la frente. Le ardía, pero no de fiebre. Tal vez de excitación.

—Deben explicarme quiénes son ustedes y lo que pretenden.

El doctor hizo un gesto con la cabeza a Grace para que se llevase de allí a Dan.

La chica lo condujo por un largo y estrecho pasillo hasta una habitación. Allí había un hombre tras una tosca mesa de madera repleta de papeles y algunos aparatos comunicadores. Apenas entraron levantó la cabeza y empezó a sonreír. Tendió la mano a Dan, que estrechó con fuerza.

—Soy Romero, Blas Romero. Me alegro verle entre nosotros, señor Walker.

—He dicho a Dan que tú le pondrías al corriente todo, BIas.

Romero era un hombre de tez morena, cabellos muy negros y lucía un grueso bigote muy bien cuidado. De un cajón de la mesa sacó tres vasos y una botella. Cuando empezó a escanciar un líquido blanco, Dan dijo torciendo el gesto:

—No quiero zatel.

—Lo celebro, pero no es zatel. ¿Es que no le apetece auténtica ginebra?

Con cierto recelo, Dan probó aquello. Efectivamente era ginebra. Y su poco acostumbrado paladar al beber le hizo toser.

—Conservamos algunas existencias porque uno de los nuestros localizó una vieja bodega que no fue destruida cuando el Consejo decretó la ilegalidad de la bebida —explicó Romero.

—¿Así que todo comenzó con una nueva ley seca? Hace un siglo intentaron algo semejante y fracasó.

—Pero entonces no tenían zatel. La inmensa mayoría de la población de la Tierra se había hecho adicta al zatel y pocos echaron de menos los vinos y licores. Dan arrugó el ceño.

—¿Es que el zatel se convierte en un hábito?

—Por supuesto. Cuando se han ingerido ciertas dosis el organismo no puede pasar sin él. Mi padre ya era inmune a sus efectos y yo heredé esa cualidad que me permitió ir comprendiendo muchas cosas. Poco a poco empecé a contactar con otras personas que tampoco tenían inclinación por el zatel porque para ellas sabía a agua.

—Al parecer las autoridades no ven con buenos ojos que ciertas personas sean inmunes al zatel. ¿Por qué?

—Eso se lo explicaré más adelante. Digamos que quienes no bebemos varios botellines de zatel al día nos convertimos en subversivos. Es decir, que no nos sometemos a las normas.

—¿Qué normas son ésas?

—No protestar, acudir al trabajo y producir como locos en las fábricas.

Dan asintió.

—He visto algo de eso en los cinturones industrial de las grandes ciudades. Los obreros acuden a las fábricas dócilmente, trabajan como poseídos por una extraña ansiedad y luego regresan a sus hogares, nada cómodos, en donde permanecen el resto de la jornada, duermen y al día siguiente repiten lo mismo.

—Creí que no se había dado cuenta de eso. Y le advierto que lo que le han permitido ver es sólo punta del Iceberg.

—¿Por qué no seguiste investigando, Dan? —preguntó Grace.

—Aunque sabía que me vigilaban, noté cierta hostilidad en algunos hombres cuando me acercaba a las zonas industriales. Me alejaron de allí sin decir una palabra. Poco después regresé a Dos Lagos.

Romero asintió. Volvió a llenar los vasos y dijo:

—Efectivamente, el zatel despoja a los hombres mujeres de toda posible rebeldía.

—Pero muchas gentes viven en la opulencia y también consumen zatel.

—Exacto. Es como si esa droga hubiese producid una rara euforia en todas las escalas sociales. Los ricos se conforman con sus riquezas o no protestan si éstas por alguna extraña causa, se ven menguadas. Mientras los obreros dejan de reclamar mejoras salariales y sólo piensan en producir más y más. Al mismo tiempo, las zonas de la Tierra con hambre secular siguen con grades sectores de su población que continúa muriendo de inanición; pero sin la más mínima queja.

—El zatel está en todas partes —añadió Grace—. Una mortífera droga que se ha extendido por toda la Tierra.

—¿Por su causa se paralizó el programa de exploración estelar?

—Juzgando los hechos, sí. Sin duda alguna.

—¿Qué ocurrió con las fabulosas cantidades de dinero que se destinaron para el proyecto?

—Se destinó a construir nuevas fábricas, cuyo destino es un misterio, pese a los esfuerzos de nuestra organización por aclararlo.

—Todo esto es delirante.

Romero suspiró y movió la cabeza afirmativamente.

—Así es. Sospechamos que cuando el Consejo Terrestre fue creado, poco después de la implantación del zatel, algún poder extraño estaba detrás de él —se encogió de hombros y añadió con marcada impotencia—: Si está pensando que es una colosal maniobra de las multinacionales para sacar provecho, tengo que decirle que no es ésa la verdad.

—¿Cuál entonces?

—Estamos a punto de descubrir el secreto, el porqué del zatel y de esa febril actividad industrial que domina en los cinco continentes. Por ahora sólo disponemos de datos aislados, pero pronto tendremos un informe completo.

Dan acabó el resto de la ginebra y pidió un poco más. Romero le sirvió una dosis y luego guardó la botella.

—Durante mi entrevista con el Primer Portavoz tuve la impresión que ese tipo era un imbécil o estaba borracho —comentó.

—Posiblemente son ciertas las dos cosas —sonrió Romero—. De todas formas, lord Ashting es un consumidor excepcional de zatel. También, un hombre de paja, así como todos los miembros del Consejo. Alguien mueve los hilos de las marionetas.

—Me ha dicho usted que los no adictos al zatel son perseguidos. ¿Cómo han conseguido seguir libres hasta hoy?

—Porque nuestros padres nos inculcaron una educación estricta para poder sobrevivir. Simulamos un sistema de vida semejante a los adictos al zatel. Nuestros misteriosos vigilantes no pueden controlar miles de millones. No se requiere mucho esfuerzo. De vez en cuando tenemos que beber zatel, pero luego ingerimos un antídoto descubierto hace tiempo y que fabricamos en secreto. No queremos correr el riesgo de que ese maldito brebaje termine gustándonos.

Romero habló un rato más, pero ya sólo se extendió en dar a Dan una serie de consejos. Luego dijo que Grace le llevaría a una habitación donde podría pernoctar.

Mientras Grace le conducía por los pasillos, explicó:

—Disponemos de muchos sitios similares a éste en Dos Lagos y en todas las ciudades del mundo. —Sois muchos, al parecer.

—Bastantes.

—Creo que Romero no me tiene mucha confianza —se detuvo y la miró—. Tú tampoco confías en mí.

—Debemos ser precavidos, Dan. Así lo hacemos con todos los nuevos. Constantemente descubrimos personas que no han caído en las redes del zatel y las atraemos a nuestra organización. Sólo después de un período de pruebas las acogemos plenamente. De todas formas, contigo ha sido diferente. El hecho de haber nacido mucho antes que yo naciera, no haber conocido nunca el zatel, te hace poseedor de méritos suficientes para eludir las pruebas de fidelidad a la organización.

—Vaya. Es algo —sonrió Dan.

Se detuvieron en una puerta, que Grace abrió. Era una habitación pequeña, con una cama y otros muebles.

—Aquí dormirás. No estás prisionero. Puedes salir cuando quieras, pero siempre habrá un hombre de guardia en la salida a quien deberás decir a dónde vas. De todas formas te aconsejo que salgas lo menos posible. Keppler habrá lanzado a sus secuaces en tu busca.

—¿Keppler es uno de esos tipos que manejan el Consejo?

—Seguramente. ¿Deseas algo más?

Dan se mordió los labios. Movió la cabeza negativamente y dijo:

—Sólo quiero que me tengas informado de cualquier cosa respecto a Iris.

—Lo haré. ¿La quieres mucho?

—No, ahora no. Pero le tengo afecto. También me gustaría que me digáis lo que sepáis de mis amigos Mario y Helena. ¿Sabes a quiénes me refiero?

—Lo siento, Dan. Ellos murieron. Keppler ordenó sus muertes.

* * *

Cuando al fin pudieron trasladar a Iris a Montreal, Grace se lo comunicó a Dan y éste pudo verla.

Iris seguía inconsciente. Una ambulancia había aparcado junto a la salida del edificio y Dan estuvo allí quieto, hasta mucho después que el vehículo hubo desaparecido al doblar una esquina.

—Cuando tengamos noticias de ella te las transmitiré sin demora —aseguró Grace.

—Gracias.

De nuevo en el interior, Dan pidió hablar con Romero, alegando que se aburría allí y quería hacer algo. —Romero ha salido para Europa. Tardará unos días en volver.

Dan apretó los labios. Iba a decir que no soportaba más estar allí inactivo cuando Grace le hizo abandonar semejante idea al añadir:

—Regresará con Arthur y Marta —empezó a sonreír—. Estoy segura que esta noticia te alegrará.

—Desde luego. Será estupendo ver a mis amigos aquí.

—¡Eh! ¿Es que no me consideras amiga tuya? —protestó Grace, poniendo los brazos en jarra.

Dan la tomó por los hombros. —Desde luego. E incluso más.

—¿Es que vas a hacerme una proposición deshonesta?

—Pienso que es lo que estás deseando, ¿no?

Ella replicó con una risa y susurró que tenía libre aquel día y que su dormitorio poseía una cama más amplia que el de Dan.

Aunque el exceso de facilidades parecía quitar a Dan el encanto de la conquista, deseaba demasiado a Grace para andarse con remilgos.

* * *

Relajado, con la cabeza de Grace apoyada en su pecho, Dan fumaba un cigarrillo lentamente. Ella se había quedado adormilada. Cuando la notó despierta, preguntó:

—¿Por qué ha ido Romero a París en busca de Arthur y Marta? Mis últimas noticias eran que ellos estaban bien, sin que Keppler sospechase nada. Habían tenido la precaución de afirmar que eran adictos al zatel.

Somnolienta, Grace replicó:

—Los necesitamos aquí. Además, en cualquier momento pueden cometer una equivocación y levantar sospechas.

—¿Para qué los necesitáis?

Ella se desperezó, ahogando un bostezo.

—Son astronautas, como tú. Sólo contamos ahora con tres personas experimentadas.

Dan la tomó de un brazo. Lo hizo demasiado bruscamente y Grace protestó.

—Me haces daño. ¿Qué te pasa ahora?

—Quiero que me digas la verdad. ¿Qué estáis tramando?

—Oh, yo no lo sé. Te digo lo único que Romero me contó. Hace dos días recibió una orden para que lograra tener aquí a tus compañeros, antes que Keppler, a la vista de los sucesos, decidiese sus muertes.

—¿A qué sucesos te refieres?

Ella se levantó bruscamente. Sentada delante del espejo empezó a peinarse nerviosamente.

—Nuestros enemigos han descubierto que teníamos espías en algunas zonas restringidas. Lo que sabemos de ellas ha hecho que nuestro comité dirigente haya decidido acelerar los planes de acción. ¿No recuerdas que Romero te dijo que pronto sabríamos cuáles son los fines secretos de nuestros enemigos? Pues creo que al fin hemos llegado al fondo de éstos. Pero yo no sé nada más.

—¿Pero por qué necesitáis astronautas?

—Por la sencilla razón que no hay nadie con experiencia, excepto vosotros tres.

—Los planes de exploración quedaron relegados.

—No olvides que en Australia aún está el «Lemur» —dijo Grace, volviéndose para mirarle con una enigmática sonrisa.

CAPÍTULO VI

La estancia estaba sumida en penumbras, y una figura se movió en un rincón cuando la puerta se abrió y alguien caminó hasta situarse en el centro, en donde se encendió una tenue luz amarilla.

—Siempre pensé y temí que el regreso del «Lemur» nos ocasionaría trastornos —dijo la voz de Louis Middleton.

El recién llegado, Hans Keppler, de pie y bajo el débil foco de luz, dijo:

—Debimos haberlos eliminado apenas llegaron.

—Aunque débil, al principio la noticia de su llegada causó cierta conmoción en el mundo. Decidí que cuando los astronautas fueran olvidados podríamos proceder contra ellos si no se producía la esperada integración en el sistema implantado mediante el zatel.

—La ausencia de los dos astronautas que vivían en París debe alertarnos, señor. Además, se han detectado elementos que han estado pasando informes desde zonas especiales.

—Lo sé todo. He leído sus mensajes urgentes. ¿Qué noticias tiene de Dan Walker e Iris West?

—Nuestro agente detectó algo extraño en el hotel y subió a la *suite* de Walker a investigar. Lo encontramos muerto. Walker desapareció. Alguien se lo llevó de grado o a la fuerza.

—Supongo que el agente sería retirado de allí antes del plazo crítico.

—Sí. En cuanto a Iris West es posible que haya muerto. Ya sabe usted que hallamos rastros de sangre cuando huía.

Se produjo un largo silencio. Middleton dijo al cabo, rompiéndolo con su seca voz:

—Sospecho que existe una organización mucho más poderosa de lo que tememos, Keppler. Tal vez sea dirigida desde este continente.

—¿No adictos?

—¿Quiénes si no? Estos terrestres suelen ser buenos actores y capaces de engañamos con habilidad, al menos superficialmente. ¡Y no tenemos medios ni tiempo de investigarlos a todos, a esos miles de millones!

—Siempre hemos calculado que un número indeterminado resultaría inmune al zatel, señor.

—Es cierto, pero aunque el porcentaje sea de un uno por ciento, la suma total sería enorme, un serio peligro para nuestros planes. Si se organizan pueden asestamos un duro golpe, ahora incluso, cuando estamos tan cerca de pasar a la fase final del plan.

Keppler asintió. Reprimió su deseo de rascarse la cara. A veces sentía la opresión de la máscara sobre su verdadera piel y le hubiera gustado arrancársela. Pero los jefes insistían que debían llevarlas siempre, excepto cuando tenían que recluirse en las bases secretas para un descanso. Ni siquiera se les permitía hablar en otro idioma que no fuese alguno de la Tierra, ni llamarse por sus nombres auténticos.

Siguió esperando que Middleton hablase.

—No somos muchos —dijo el ser desde las sombras— y por lo tanto es imposible que vigilemos por nuestros medios todos los accesos a este continente. Creo que los astronautas que vivían en Europa vendrán aquí.

—¿Cómo podríamos controlar los aeropuertos, señor?

—Iré a ver a lord Ashting. Los mismos terrestres nos ayudarán.

Keppler torció la cabeza. Era un gesto característico suyo cuando parecía no comprender la actitud de su jefe.

—Dudo de la eficacia de esa ayuda. Pese al acondicionamiento del zatel, la policía y soldados se harán preguntas. En sus subconscientes sigue latiendo el sentimiento de admiración hacia esos seres que viajaron a las estrellas. No actuarán violentamente contra ellos.

Desde el rincón, Middleton soltó una serie de gruñidos y Keppler se preguntó si su jefe seguía manteniendo allí el disfraz. Pensó que posiblemente se hallaba muy descansado con su natural apariencia. Por el contrario, él…

Middleton le interrumpió los pensamientos:

—Los terrestres colaborarán con nosotros. Nos valdremos de sus arcaicos sistemas represivos. Dentro de poco, miles de soldados y

policías se lanzarán a la caza y captura de los astronautas que aún andan sueltos.

* * *

Sin muchas explicaciones, Grace sacó a Dan del refugio y ambos tomaron un avión que les llevó a Los Ángeles. Apenas aterrizaron, ella explicó:

—Como medida de seguridad hemos trasladado aquí nuestro cuartel general. Dos Lagos resultaba una ciudad demasiado pequeña. En las grandes urbes nos sentimos más seguros.

Los Ángeles había crecido desmesuradamente desde la última vez que Dan la visitó, meses antes de su partida a las estrellas. Grace alquiló varios taxis. Realizaron trayectos cortos, hasta que llegaron a una fábrica en las afueras.

—Ahora está vacía por vacaciones —dijo Grace abriendo una puerta de acero que les llevó hasta las oficinas—. Es propiedad de uno de los nuestros.

—¿Qué fabricáis aquí? —preguntó Dan echando un vistazo por un ventanal que daba a desiertas naves llenas de maquinarias.

—Creo que material de aviación —replicó ella encogiéndose de hombros.

Cruzaron las oficinas, bajaron unas escaleras y abrió una entrada secreta. Allí tomaron un ascensor y Dan calculó que al menos bajaron cincuenta metros.

Un hombre armado la saludó, pero de todas formas solicitó la identificación de Grace y la de Dan.

Minutos después, Dan abrazaba a Arthur y Marta. Allí estaba presente el doctor Peterson y una persona más, un hombre mayor que le fue presentado como León Gámez, el propietario de la fábrica. Al poco tiempo llegó Blas Romero y León propuso que comenzase la reunión.

Mientras tomaban asiento alrededor de una mesa larga, Dan preguntó al oído de Grace:

—Debiste haberme advertido que aquí íbamos a tratar de algo importante. ¿Quién es el tal León?

—Le conozco poco. Creo que nuestro máximo dirigente —

replicó la chica, susurrante.

El señor Gámez apoyó los codos sobre la mesa, carraspeó y dijo:

—De acuerdo con todos nuestros compañeros dirigentes de zonas, estoy capacitado para tomar decisiones vitales. Al fin han llegado a nuestras manos informes suficientes para hacer una valoración de las intenciones de nuestros enemigos. Aunque aún no conocemos exactamente cuáles son sus propósitos, sí hemos descubierto el motivo por el cual atontaron a la Humanidad mediante el uso masivo del zatel. Poderes mucho más altos que todos los gobiernos anteriores a la creación del Consejo Terrestre iniciaron hace lustras un vasto plan. Su fin no es otro que la producción masiva de armas.

Calló y miró a todos los asistentes, posando finalmente su interés en Dan Walker, como si esperase que éste debía hacerle una pregunta.

Efectivamente, Dan tenía varias, pero preguntó la que consideró más importante:

—¿Armas en un mundo en paz, sin guerras ni disturbios sociales? Lo siento, señor Gámez, pero me resulta increíble.

—A nosotros también nos lo pareció, señor Walker —sonrió León Gámez—. Pero es cierto. Desde hace tiempo nuestras fábricas recibieron una serie de pedidos que, por supuesto, cumplimentamos. Pero muchas de las extrañas piezas que fabricamos nos las reservamos e intentamos averiguar para qué uso serían destinadas.

»Lo mismo ocurría en todo el mundo. Miles de fábricas producían piezas que inicialmente parecían no tener una aplicación conocida. Pero fuimos obteniendo datos y ahora estamos seguros que en alguna parte de este planeta se están construyendo naves espaciales por millares.

»Pero también se fabrican extrañas armas que son conducidas a un punto de la Tierra. Allí se almacenan algún tiempo y luego desaparecen.

Dan miró a Arthur y éste dijo:

—Estoy al tanto, y también Marta, del increíble dominio que sobre las masas del planeta ejerce una misteriosa minoría con el zatel. Todo nos lo contó Romero mientras nos traía desde París. Pero esto que ahora nos cuenta el señor Gámez es increíble.

—Pero cierto —asintió el viejo vigorosamente—. Y puedo añadir que esas armas son poderosísimas, muy avanzadas para la técnica actual de la Tierra, que por cierto no ha avanzado desde hace muchos años. Es una técnica sofisticada. Aquí se han fabricado piezas destinadas a naves mucho más veloces que el «Lemur», y también complementos de potentes láseres.

—¿No sospecharán nuestros enemigos ante el cierre de la fábrica, León? —preguntó el doctor Peterson, preocupado.

—Solicitamos del Consejo el cierre porque alegamos una revisión en el sistema eléctrico. Tenemos permiso para dos meses. Sólo nos queda un mes escaso. Muchas fábricas han cerrado también alegando otras excusas. Por lo tanto, antes que sospechen que se trata de una maniobra a nivel mundial, tenemos que actuar.

—¿Cómo? —preguntó Grace.

León se levantó y bajó un mapa de la Tierra. Señaló el continente australiano con un puntero y dijo:

—El viejo proyecto de construcción de un gigantesco astropuerto en Australia. Ahora todo el mundo cree que sólo una pequeña parte de él se usa como campo de aterrizaje para aviones comerciales, mientras que la gran explanada está sin terminar y abandonada —miró a Dan—. El «Lemur» sigue allí; pero más al sur, apenas al otro lado de unas colinas, está el punto donde se montan las naves estelares y todo el material de guerra es almacenado.

Dan arrugó el ceño.

—Observé todo aquello desde el aire, cuando partimos hacia Dos Lagos. No observé nada más que ruinas.

—Son instalaciones subterráneas. Desde hace días tengo allí observadores. Todas las noches parten naves hacia el espacio. Y se dirigen a la Luna.

* * *

Louis Middleton esperó pacientemente que el secretario de lord Ashting anunciase su visita.

Apenas hubo entrado en el lujoso despacho del Primer Portavoz, ya sabía que el obeso humano se hallaba en trance, y que todo lo que allí hablasen quedaría profundamente encerrado en su

subconsciente.

Lord Ashting se encontraba consumiendo un zatel. Middleton le rogó que siguiese bebiendo, pero rechazó la invitación cuando le fue ofrecido uno.

—Señor Ashting, es mi deseo que usted ordene que todas las fuerzas de policía y del ejército establezcan controles necesarios para que los astronautas del «Lemur» sean localizados lo antes posible.

Pese a encontrarse en trance de sumisión plena a Middleton, lord Ashting abrió la boca sorprendido y dejó de beber zatel.

—Necesito un motivo, señor. El Consejo…

—Usted puede ordenar tal cosa sin necesidad de solicitar permiso al Consejo.

—Sí, pero… El Consejo puede pedirme responsabilidades cuando la operación se haya puesto en marcha.

—Es muy sencillo. Los astronautas deben ser capturados por el bien de la población terrestre. Incluso si huyen deben ser matados. Apenas sean confirmadas sus identidades sus cuerpos serán incinerados.

—Pero…

—Lord Ashting, los cuatro astronautas que quedan con vida son portadores de un virus. Si antes de dos semanas no son destruidos, puede desarrollarse una terrible epidemia en la Tierra. Diga eso al Consejo si le pide explicaciones.

—¿Qué clase de virus?

—Eso no tiene importancia. Es sólo un motivo. Cuando hayan muerto nadie sentirá deseo alguno de llevar adelante más investigaciones.

Y pensó que pronto, acaso en dos o tres semanas, la farsa habría acabado. La Tierra conocería la verdad. Entonces sería tarde para que pudieran reaccionar los pocos terrestres que acogerían la noticia negándose a cumplir las posteriores órdenes. El resto de la humanidad, sometida al zatel, obedecería ciegamente.

Middleton, poco antes de acudir al palacio del Primer Portavoz, había recibido un mensaje que le había puesto en tensión.

Desde su lejana patria clamaban por ayuda. Y se temía que a las proximidades de la Tierra llegase el temido peligro.

CAPÍTULO VII

Antes de abrir la puerta, el doctor Peterson se volvió hacia Dan, diciéndole gravemente:

—Mi colega, Spencer, ha realizado todo cuanto estaba en su mano, pero Iris aún no está repuesta. Deseo que no permanezca mucho tiempo con ella, Walker.

Dan asintió. Aquél había sido un viaje precipitado desde los Ángeles hasta Montreal. Spencer había enviado un mensaje diciendo que Iris, al recobrar la lucidez, quería verle a toda costa. Tenía algo importante que decir y sólo estaba dispuesta a confiárselo a Dan.

Inicialmente, León Gámez se negó a que Dan hiciera el largo viaje, temiendo por su seguridad y el inminente comienzo de las operaciones planeadas. Además, se había notado un inusitado incremento de tropas y policías en todas las ciudades, como si estuvieran llevando a cabo un minucioso rastreo.

Pero Romero pensó, y así lo expuso, que Iris podía saber algo de interés para la organización y finalmente Gámez accedió. Un pequeño avión fue puesto a disposición de Dan, Peterson y Grace.

Dan se volvió y cruzó una mirada con Grace. La chica le animó con una sonrisa y él entró en la habitación, cerrando tras de sí la puerta.

A solas, Peterson dijo cabizbajo a Grace:

—Iris no vivirá más de una semana. Sus heridas eran demasiado graves y Spencer apenas ha conseguido una mejora transitoria. ¿No sería mejor decirle la verdad a Dan?

Grace movió la cabeza. No sabía qué responder. En la habitación, Dan se acercó lentamente donde Iris yacía. La chica estaba sumergida en una bañera. El líquido le servía de ingravidez y le hacía soportar los tremendos dolores que los calmantes apenas podían ya mitigar.

Iris, con la cabeza vendada, la giró cuanto pudo y emitió una forzada sonrisa.

—Dan…

A Walker le habría gustado tomar sus manos, pero éstas las tenía la mujer sujetas al cuerpo. Varias sondas estaban insertadas en los brazos.

—No hables ahora —dijo Dan, deglutiendo saliva con gran dificultad—. Pronto podrás reunirte con nosotros.

Le habría gustado explicarle todo lo que pasaba, pero el doctor Spencer le había advertido que no debía producir en Iris emociones difíciles de superar por su debilitado organismo.

—Nada de eso. Tengo que contarte algo. Sólo a ti. Sé que me has ayudado y traído aquí para que me curen. Oh, Dan, me he portado muy mal contigo.

—Déjalo ahora, Iris.

—Escucha bien lo que vaya decirte —abrió los ojos y bajó el tono de la voz, como si temiese que la escuchasen los que la habían perseguido y herido—. Ocurre algo muy grave en el mundo, Dan.

Walker se palpó la pequeña grabadora que llevaba oculta en el bolsillo. Se sintió miserable al engañar así a Iris. Pero si lo que ésta decía tenía alguna importancia, debía quedar constancia de cuanto dijese.

Mientras la escuchaba, Dan comprendió que la salud de Iris era muy precaria. Milagrosamente estaba viva, pero ¿por cuánto tiempo? Experimentó una rabia infinita contra aquellos que la habían puesto así, que habían acabado con su belleza.

* * *

En el despacho de Spencer, Dan sacó la grabación y a puso sobre la mesa. Sombríamente, dijo:

—Cuando salí ella estaba muy mal. La dejé con Spencer. Creo que no saldrá de hoy.

Grace se mordió los labios. Notaba en la expresión de Dan que la visita a Iris le había afectado mucho, tal vez la seguía queriendo, aunque se lo hubiese negado anteriormente con insistencia.

Peterson recogió la grabación, guardándola cuidadosamente.

—¿Podemos saber lo que te ha dicho?

—Sí. Tengo tiempo de explicároslo mientras esperamos que nos avisen para regresar a Los Ángeles.

»Iris estuvo con varios tipos. Pero pronto se aburrió de ellos. Empezó a notar que los hombres de ésta era no la satisfacían. Quizá resultaban poco ardientes para ella. Una vez conoció a alguien extraño. Pensó que la había estado siguiendo e intentó intimar con él. No sé cómo, pero consiguió una noche llevarlo a su habitación, precisamente en San Francisco. Aquel tipo era alto y delgado, y de una seriedad tan enorme que para Iris supuso un reto el conseguir llevárselo a la cama.

»Pero cuando el hombre comprendió las intenciones de Iris, se negó en redondo. Ella pensó que la había estado siguiendo porque cumplía con tal cometido. Despechada, le gritó e intentó golpearle. El hombre le propinó un par de puñetazos y la condujo al exterior, después de que hubiera hecho una llamada telefónica. Aparentemente había recibido el encargo de hacerla regresar a Dos Lagos. Fuera, tenía el hombre un vehículo y a la fuerza metió en él a Iris.

»Pero Iris, fuera de sí de nuevo quiso pegarle y el tipo perdió la dirección. El coche se estrelló y murió el hombre. Iris quedó conmocionada y no despertó hasta el amanecer. Era un sendero solitario y no pasó ningún otro vehículo.

»Pero cuando Iris recuperó el conocimiento comprendió que el hombre había muerto. De todas formas intentó darle la vuelta al cadáver y vio horrorizada que no era un ser humano.

»Vio un ser de aspecto arácnido, un humanoide con cabeza de araña. Y el olor que desprendía era insoportable. A medida que transcurría el tiempo aquel extraño cuerpo se descomponía. Espantada, Iris salió corriendo y consiguió encontrar una carretera más importante. Allí pudo hacer que la llevasen al próximo pueblo, en donde subió al ferrocarril y luego regresó a Dos Lagos.

»Pero lo sucedido era ya del conocimiento del extraño poder que había puesto aquel monstruo tras ella para vigilarla. El resto ya lo conocéis, la forma cómo la encontrasteis y lo demás.

Peterson estaba visiblemente impresionado y Grace muy pálida.

En aquel momento entró Spencer. Llegó jadeante y dijo:

—La policía está cercando el hospital. Apenas tendréis unos

segundos para salir y llegar al aeropuerto privado donde os espera el avión.

—Iris —dijo Dan—. No podemos dejarla en manos de esos tipos…

Spencer les empujó hacia la salida.

—La señorita West acaba de morir.

Peterson se rezagó para preguntar a su colega:

—¿Qué busca aquí la policía? ¿No sería mejor que tú escaparas con nosotros?

—No. Todos los demás miembros del hospital son adictos. A mí no me costará mucho esfuerzo hacerme pasar por uno de ellos —rió Spencer, sordamente.

Cuando se hubo asegurado que sus amigos habían conseguido escapar regresó al despacho. Allí le esperaba un enfermero con mirada ausente.

—La policía está entrando, señor. Ah, ¿qué hacemos con la paciente que acaba de fallecer?

—Incinerarla inmediatamente.

El enfermero parpadeó, pero se marchó sin discutir aquella orden. Spencer confió que cuando se descubriese la anomalía sería demasiado tarde. La ley exigía un plazo de varias horas antes de proceder a la cremación de un muerto. Pero era la única forma que la policía no encontrase ninguna evidencia. El cadáver de Iris iría a parar al incinerador directamente desde la habitación mediante un tobogán.

* * *

Dan terminó de revisar las armas cuando entró en su cuarto Blas Romero.

—Estoy listo —dijo a Romero enfundando las dos pistolas en sendas sobaqueras.

—Han regresado los hombres que envié a esa carretera donde Iris tuvo el accidente con ese misterioso hombre.

—¿Y bien? —preguntó Dan.

—Sólo hallaron restos putrefactos. Los analizaron y al parecer no son humanos —Romero se pasó la mano por el pelo,

despeinándose sin darse cuenta. Dan pensó que debía estar muy preocupado. Blas solía cuidar mucho su aspecto—. Muchacho, esto cambia notablemente nuestras hipótesis.

—¿También los planes?

—No, nada de eso. Asaltaremos la base secreta en Australia, tal como estaba previsto. Todos los comandos se reunirán allí a la misma hora. Partirán desde muchos puntos del mundo.

—¿Será posible pese al control montado por el ejército y la policía? —Dan sonrió torvamente—. Recuerda que apenas conseguimos llegar a Los Ángeles sin ser descubiertos.

—Aún no controlan el aire. Volaremos hasta Australia a más de diez mil metros de altura e incluso superaremos los veinte mil cuando crucemos las líneas de radares. Los cogeremos por sorpresa.

Salieron del cuarto y anduvieron por un pasillo del refugio subterráneo. Por todas partes se veían hombres y mujeres ir de un lado a otro, fuertemente armados y con uniformes de campaña. León Gámez había organizado un pequeño y disciplinado ejército.

—¿Qué tal marcha el plan secundario? —preguntó Dan.

BIas frunció el ceño.

—Yo le llamaría en realidad el plan principal. Desde hace más de una semana estamos vertiendo toneladas de antídotos en todos los depósitos de agua de las principales ciudades del mundo. Si la gente sigue teniendo sed y bebe de esa agua, es posible que pronto comience a hacerse preguntas respecto al zatel y se origine una súbita repulsión contra esa maldita droga.

—¿Qué pasará cuando millones de personas se salgan del sistema implantado mediante el consumo y hábito del zatel?

—Esperamos que coincida con nuestra victoria. Lo militares se harán preguntas y hasta es posible que el Consejo Terrestre despierte e imparta órdenes tendentes a colapsar ese misterioso y oculto poder que les obliga a obedecerles.

—No sé qué pensar. Creo que dejamos muchas cosas al azar.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

Dan se detuvo cuando vio aparecer de detrás de una esquina a Grace. Vestía un uniforme que le resultaba un poco grande y de su hombro colgaba una metralleta.

—Creí que te quedarías aquí —dijo Dan.

Ella le besó suavemente en la mejilla, sonriendo.

—¿Separarnos ahora, cariño? Nada de eso. Voy contigo —miró a Blas y añadió—: Bueno, con todos vosotros.

Salieron del subterráneo y entraron en los garajes de la fábrica. Allí les esperaban seis camiones grandes. Docenas de hombres y mujeres subían a ellos. Blas indicó uno, en donde ya habían subido Arthur y Marta.

Cuando hubieron cerrado las puertas y el camión se puso en marcha, poniéndose a la cabeza, Blas explicó:

—León dirigirá la operación desde un avión que vuela constantemente sobre Australia —miró a los tres astronautas y entregó a Dan un sobre cerrado—. Son tus instrucciones, Dan.

Walker rompió el sello y leyó el contenido. Alzó la mirada y para él, dentro de la cabina, sólo parecía estar Romero, a quien preguntó:

—¿Qué es esto de apoderamos del «Lemur» y conducirlo más allá de la luna?

Arthur, después de lanzar una imprecación, dijo de mal talante:

—Creí que nosotros también teníamos que intervenir en el asalto a esa base secreta.

Romero, tras encender un cigarrillo, dijo con calma:

—Vosotros sois demasiado importantes, amigos. Os repito que todo ha sucedido muy rápidamente estas últimas horas. Lo que murió junto a Iris era, efectivamente, un ser no nacido en este planeta. Un alienígena, si lo queréis llamar así.

Se escucharon las respiraciones alteradas de los demás comandos sentados, que escuchaban en silencio. Para Dan aquella situación era molesta. Sus compañeros del «Lemur», tal vez Grace, y él, parecían ser los únicos que no estaban al tanto de la situación que ahora Romero trataba de explicarles.

—Hace tiempo pensamos que esta trama a nivel mundial estaba llevada por alguna logia, pero nunca imaginamos que se trataba de una conspiración iniciada por extraterrestres infiltrados entre nosotros. Iris nos ha ayudado a saber la verdad. Somos utilizados por seres de otro planeta o galaxia para producir armamento y naves. Nos drogaron con el zatel para dominamos sin delatarse. Durante años han estado enviado el material, que acumulan en el astropuerto de Australia, a la Luna.

»Ayer descubrimos un cuerpo extraño que orbita la Luna

constantemente situado sobre el punto del satélite a dónde sabemos están descendiendo las naves que montan en Australia. No parece llevar mucho tiempo allí, pero creemos que sería conveniente echarle un vistazo de cerca, al mismo tiempo que les asestamos un golpe mortal apoderándonos de la base secreta en Australia.

—Apenas nos descubran, nos destruirán —dijo Arthur.

—El «Lemur» está bien armado, ¿no?

—Sí. Posee torpedos y láseres. Se hizo en previsión por si nos hubiésemos topado en la exploración con seres hostiles.

—No queremos que entabléis combate con esa misteriosa nave, sino que nos digáis qué es. Todo está previsto para regresar de inmediato a la base e informar a León Gámez. Confiamos que para entonces la Humanidad haya despertado, salido del sopor del zatel.

El vuelo fue emprendido media hora más tarde. Los aviones se dirigieron hacia Australia. A medio camino fueron recibiendo informes. La operación, dirigida por León, parecía marchar según las previsiones.

Diez horas más tarde decenas de aviones aterrizaban en los desolados campos del astropuerto.

Mientras descendían, Dan pudo ver al «Lemur», alzado sobre el agrietado hormigón y brillando al sol del mediodía.

CAPITULO VIII

Arthur asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Todo está correcto, Dan —terminó de entrar y se limpió las manos de grasa con un trapo muy sucio—. Marta cuida de los controles secundarios. Cuando quieras podemos partir. La pila atómica alcanzará su plenitud en cinco minutos.

Dan movió una serie de clavijas, giró botones del gran panel y respondió:

—Entonces esperaremos esos cinco minutos. Resoplando, Arthur se sentó en el sillón de mandos, al lado de Dan.

—No hay ningún riesgo despegando ahora. Tenemos energía suficiente incluso para ir a Alfa Centauro.

—No deseo ir tan lejos —rió Dan—. ¿Qué tal están Grace y Romero?

—Bien. Un poco nerviosos. Romero vendrá al puente de mando apenas hayamos partido.

Dan encendió las pantallas visoras que enfocaban diversos ángulos del exterior. Los dos hombres quedaron en silencio mientras contemplaban la batalla que se desarrollaba alrededor de ellos.

—No parecen ir muy bien las cosas para los nuestros —comentó Arthur.

Dan no replicó. No había sido difícil apoderarse del «Lemur». Apenas estaba custodiada la vieja nave estelar. Pero al otro lado de las colinas, donde estaban las entradas a la base subterránea, los comandos de León tuvieron que combatir duramente para forzar el acceso. Según les había informado Romero, sólo se consiguió penetrar a través de los silos de donde partían hacia la Luna las naves que allí se montaban.

La guarnición estaba compuesta por alienígenas. Eso lo supieron cuando los jefes de los diversos comandos aerotransportados

comunicaron que varios defensores, al ser alcanzados, abandonaban su aspecto humano y se transformaban, ante sus atónitos ojos, en humanoides con cabeza de araña. Al morir, aquellos seres perdían la adherencia de sus máscaras humanas y diminutas cabezas peludas con ojos facetados aparecían. Inmediatamente se originaba un fétido olor en los delgados cuerpos, comenzando con rapidez una vertiginosa descomposición.

Romero entró en el puente. Llevaba un transmisor portátil y dijo, muy pálido:

—Llevamos más de dos horas combatiendo y el aspecto de la batalla se torna muy negro para nosotros, amigos.

—¿Qué sucede? —preguntó Dan, echando un vistazo al reloj. La pila había alcanzado su punto crítico y en cualquier instante podían despegar con plena garantía.

—Están llegando tropas enviadas desde Sidney. Son soldados humanos. Están descendiendo veinte millas al sur y se dirigen con rapidez hacia la base subterránea —Romero movió la cabeza de un lado a otro—. Creo que debemos partir antes que nos corten la retirada.

—¿Hacia la Luna? —inquirió Arthur.

—Sí.

—¿Qué dice Gámez?

—Intenta enviar refuerzos, pero nos faltan aviones rápidos. Creo que desde Nueva Zelanda partirán un par de cientos de hombres. Pero no llegarán a tiempo.

—¿Es que esos soldados australianos aún siguen afectados por el zatel?

—Es posible que no, pero obedecen órdenes del Consejo. Seguramente les han dicho que una base militar está siendo atacada por elementos subversivos y no se hacen ninguna pregunta.

—Solicite entrevistarse con el jefe que los manda…

—Sería inútil. Sólo podemos resistir en el subterráneo. Y los defensores dependerán de nosotros.

—No entiendo —dijo Arthur.

—Es sencillo. Si nosotros demostramos al mundo que durante años hemos estado manipulados por alienígenas, aún nos queda una posibilidad de que los ejércitos de la Tierra respondan y la policía se dedique a buscar a humanos altos y delgados,

desenmascarándolos como alienígenas.

Dan asintió. Señaló uno de los dos asientos que aún quedaban vacíos en el puente y dijo a Romero:

—Siéntese ahí. Partiremos en treinta segundos —tomó el comunicador interno y dijo a Marta—: Cierra la esclusa. Vamos a despegar.

Cuando transcurrieron los segundos y no obtenía la confirmación de Marta, Dan empezó a preocuparse. La llamó de nuevo y entonces la voz asustada de la muchacha resonó nerviosa por el altavoz:

—¡Dan, no puedo cerrarla! Algo la obstruye… Rápidamente, Arthur encendió la pantalla que controlaba el principal acceso a la nave. Lo que les mostró el visor fue inesperado.

La pesada compuerta estaba bloqueada. Aunque apenas tenía sin cerrar una anchura de medio metro, por ella estaban entrando hombres. Eran altos y delgados, con macilentos rostros. Llevaban extrañas armas.

—He visto a Hans Keppler —murmuró Arthur—. Ha cruzado la cámara de presión. ¿Qué vamos a hacer?

Dan apretó los dientes. —Lo único posible. Partir.

Romero los miró asustado, sin atreverse a decir que podía ser una locura lanzarse al espacio con la compuerta medio abierta. Pero Arthur estaba tranquilo y explicó a Blas:

—Al elevarse la nave se cerrarán automáticamente los diversos niveles. Sólo quedará sin aire la cámara y el siguiente pasillo. Eso será suficiente para eliminar a los extraterrestres.

Dan hundió el último botón y desde las entrañas de la nave se elevó un sordo y poderoso rugido. Los timbres de alarma sonaron, indicando que existía una esclusa abierta.

Cuando el «Lemur» se alzó del suelo se apagaron diversas luces sobre el panel. Los niveles habían quedado aislados. No se volverían a comunicar mientras la esclusa siguiese abierta.

Dan entornó los ojos. Los alienígenas habrían sido expulsados de la nave o muertos cerca de la esclusa en el peor de los casos.

Sólo cuando transcurrió una hora y estaban alejándose de la atmósfera terrestre, Dan pidió a Marta que intentase cerrar la esclusa.

—¡Esclusa cerrada! —exclamó alborozada la voz de la mujer.

Dan lanzó un resoplido y dijo aliviado:

—El peligro ha pasado. Nos hemos librado de los polizones. Ahora hacia nuestro objetivo.

Entró en funcionamiento el potente telescopio. Sobre el espejo apareció un brillante punto cerca de la Luna. Arthur dijo que era lo más que podían acercarse visualmente al objeto.

—Dentro de dos horas podremos verlo detenidamente —replicó Dan levantándose del sillón—. Iré a echar un vistazo al nivel de la esclusa y tranquilizar luego a Grace.

Cuando tomó una pistola, Romero dijo:

—Iremos los dos, Dan —se abrió la chaqueta y mostró un arma enfundada que pendía del cinturón.

—¿Cree que queda alguien vivo? —sonrió—. Estarán congelados o danzarán reventados por el espacio.

Salieron del puente y bajaron hasta el nivel de la esclusa. Fueron abriendo manualmente las compuertas que habían aislado aquel sector. Sólo cuando el aire niveló la presión pudieron inspeccionar los alrededores de la cámara.

Hallaron dos cadáveres. Al regresar el aire y el calor estaba produciendo en ellos una rápida licuación de la escarcha.

—Debemos echarlos afuera —sugirió Dan—. Pronto empezarán a apestar.

—No. Los conservaremos en frío. Más tarde podríamos investigarlos.

—Tienes razón —asintió Dan—. Los llevaremos a una unidad frigorífica. Pero nunca volveré a comer los alimentos de allí.

—Al parecer, los demás los arrojó la descompresión. Cuando hubieron limpiado el suelo y los dos cadáveres metidos en sendos sacos de plástico y luego colocados en la unidad frigorífica, Dan se aseguró que la compuerta estaba libre del obstáculo que impedía su cierre. Entonces fue en busca de Grace.

* * *

Llegaron a un punto situado a mil kilómetros del objeto en órbita lunar. El «Lemur» había decelerado totalmente y comenzó a describir círculos cada vez más cerrados.

Por la pantalla visora principal pudieron observar detenidamente aquella enorme nave.

Arthur silbó de asombro y exclamó:

—¡Demonios! Eso es algo extraordinario. Si tenemos que enfrentamos a seres con semejante técnica podemos empezar a buscar un trapo blanco para izarlo como bandera de rendición.

Dan tragó saliva con dificultad y observó la nave alienígena.

Calculó que podía medir más de un kilómetro de largo y en su parte más ancha, en la central, el domo azulinado debía poseer casi doscientos metros de diámetro. Partían de él, a popa y proa, cilindros paralelos. Contó hasta ocho en cada extremo.

—¿Qué serán? —preguntó Grace señalando los cilindros. Cada uno parecía tener veinte metros de diámetro.

Dan gruñó:

—Si son alguna especie de armas dudo que nosotros consigamos con las miserables armas del «Lemur» siquiera hacerles un rasguño. Es más, creo que no tendremos ninguna oportunidad de acercamos ni un kilómetro más.

—¿Podemos enviar esta imagen a la Tierra? —preguntó Romero —. Sería conveniente que Gámez conozca la nave.

Dan hizo una indicación a Arthur y éste se puso a trabajar en los aparatos. Al cabo de unos minutos dijo que si León aún seguía sobrevolando Australia podía recibir la emisión.

Supieron que así era cuando poco más tarde les llegó la voz emocionada de León por la radio. Ante todo, Dan quiso saber cómo iba la batalla.

—Resistimos. Llegaron los refuerzos y hemos conseguido fortalecer la cabeza de puente —dijo León. Su voz sonaba salpicada por las interferencias—. Las tropas enviadas por el Consejo están mal entrenadas o tal vez la sumisión al zatel está desapareciendo y los chicos se sienten confundidos. Hace apenas unos minutos me han comunicado que un regimiento entero australiano ha depuesto las armas, mientras que un batallón aerotransportado se ha pasado a los nuestros.

—Esto es magnífico —sonrió Dan. Al menos las noticias que recibían desde la Tierra no eran funestas completamente—. Bien, León, ¿qué me dice de ese monstruo de acero?

—Llevo observándolo y no aparto mis ojos de él mientras les

hablo, amigos, desde que recibí la primera imagen. ¿Qué saben de la base lunar del enemigo?

—Localizamos unos asentamientos en Sinus Roris y en el Mar de la Tranquilidad. Son plataformas metálicas que tal vez encierren hangares ocultos —dijo Dan—. Esa nave se mueve constantemente sobre esa vertical. Nosotros maniobramos para seguirla; pero es peligroso.

—Lo comprendo. Sin embargo necesitamos más datos. ¿Sería posible que os acerquéis algo más? Estáis a mucha distancia.

Dan miró a sus compañeros. Él había estado a punto de sugerir a León que lo más prudente era regresar.

—Sé que lo que os pido es mucho; pero considerad que el enemigo puede pasar a una acción directa apenas tenga noticias de que ha perdido su control sobre el Consejo Terrestre.

—Usted piensa que el Consejo ha actuado en contra de su voluntad, señor. ¿No es posible que esté de acuerdo con el misterioso plan de los alienígenas respecto a la Tierra?

—De ninguna manera. Desde Dos Lagos me han comunicado que lord Ashting sufre una fuerte crisis nerviosa. También les pasa igual a otros consejeros. Creo que ellos estaban bajo las órdenes de los alienígenas porque se sometían a ellos bajo trance.

—Bueno, ésa es su opinión y no puedo echarla abajo —gruñó Dan—. ¿Tan importante es que calibremos la potencia de fuego de esa nave, señor?

Después de una pausa, León respondió:

—Sí, Dan. Podemos descubrir la potencia de las naves que fueron fabricadas en la base de Australia y quizá podamos defendemos de ellas, pero lo que estoy viendo en la pantalla es algo sobrecogedor.

—De acuerdo, León. Nos aproximaremos doscientos kilómetros más y nos largaremos tan pronto como podamos después de lanzar les un par de torpedos —añadió con malhumor—: pero será como tirar flechas de papel a un elefante.

—Tengan cuidado —pidió León.

Dan prefirió no contestar. Había mirado a Morales y comprendió por la expresión de éste que estaba de acuerdo con la sugerencia del líder.

El «Lemur» se aproximó lentamente hacia la nave alienígena. La

Luna estaba apenas a unos veinte mil kilómetros de distancia.

—¿Ningún signo de vida de esa nave? —preguntó al cabo de un rato, León.

—No —contestó Marta—. Mantenemos abiertos todos los canales receptores. Si hay alguien ahí dentro y desean hablar con nosotros deben usar otros medios de comunicación.

—Veinte segundos para lanzar torpedos —dijo Dan, mientras lo disponía todo para que el «Lemur» diese un repentino salto en el espacio y emprendiese el regreso a la Tierra… si es que los enemigos se lo permitían después de ser agredidos.

De pronto, Arthur exclamó:

—¡Se detectan masas que se alejan desde la Luna! Su dirección es hacia aquí.

Dan ya tenía la mano puesta sobre los botones para lanzar los torpedos y la mantuvo quieta, ligeramente temblona.

—Son naves —añadió Grace—. Cuento más de veinte. Pero se desvían y… ¡Se dirigen hacia la grande!

Al no corregir la ruta, el «Lemur» se alejaba de las proximidades de la gran nave. Aquello les sirvió para comprobar que las unidades que habían partido de la Luna no se dirigían hacia ellos.

Dan abrió la boca, observando la escena que se desarrollaba a ochocientos kilómetros. Como moscones, las naves lanzaban delgados y brillantes rayos de luz roja, mientras revoloteaban sobre la nave en órbita.

—Están atacándola —dijo Dan.

La gran nave recibía sobre su fuselaje brillante los rayos rojos que incesantemente les disparaban las unidades. Pasaron los segundos y los terrestres contenían a respiración, pensando que en cualquier momento, ante tan duro y constante castigo, la nave agredida podía saltar en pedazos.

Entonces vieron cómo los cilindros proyectaron amplios focos de energía vibrante. Tres naves cayeron en su campo y se volatizaron en el espacio. Luego fueron tres más y seguidamente cinco siguieron la misma suerte.

La única superviviente trazó un amplio arco e intentó regresar a la Luna. Entonces la gran nave giró sobre su domo y disparó desde el otro macizo de cilindros. Ahora los rayos tenían aún más amplio foco y alcanzó a la fugitiva cuando empezaba a descender sobre la

superficie del satélite.

—Es suficiente —dijo Dan roncamente—. Debemos alejamos de aquí. No sé lo que está pasando, pero estamos en peligro. Esta zona se ha vuelto repentinamente caliente.

—He visto suficiente —dijo la voz de León—. Era lo que necesitábamos para comprender algo de este entramado, amigos.

—¿De veras? —dijo Dan con sorna—. Pues me gustaría mucho saber lo que está pasando.

—Sencillamente… —de repente la voz de León quedó interrumpida. Siguieron unos ruidos sordos y la radio quedó silenciosa.

—Intentaré restablecer el contacto —dijo Marta.

—Bien. Pero mientras tanto damos media vuelta y volvemos —dijo Dan.

Entonces frunció el ceño, al empezar a darse cuenta que los mandos no le obedecían. Soltó una sarta de maldiciones y luego miró lleno de impotencia hacia sus compañeros.

Arthur le señaló la pantalla, diciendo:

—Mira eso. Miradlo todos.

La gran nave parecía haberse volteado. Ahora su domo les miraba como un gran ojo escrutador. De su centro surgía una luz blanca, poderosa. Al instante la pantalla se llenó de cegadora resplandecencia. Medio cegado, Dan la desconectó.

—Nos han descubierto y ahora van a por nosotros —exclamó. Intentó parpadear para alejar las lucecitas que danzaban en sus retinas. Se fijó en los paneles, como si en cualquier instante comenzasen a desintegrarse bajo la acción de alguna mortal energía.

—¡Estamos acercándonos a la nave! Nos atrae. Dan gritó que todos se sentasen. Volvió a intentar sacar el «Lemur» de aquella trayectoria. Resultó imposible. Los mandos no funcionaban, y luego el indicador le mostró la evidencia de que la pila atómica perdía potencia.

—Sin visión alguna, de todas formas se dieron cuenta, minutos más tarde, que estaban dentro de la gran nave.

CAPÍTULO IX

Al despertar, Dan Walker tuvo la extraña sensación de saber lo que había pasado, pese a no haberlo vivido conscientemente. Fue como si estuviera recordando un sueño.

Alguna fuerza extraña le había sacado del «Lemur», apenas estuvieron dentro del gran domo. Sólo tenía constancia de su persona, pero algo misterioso le decía que no había sido conducido allí solo.

Miró a la derecha y empezó a sentarse sobre la larga plataforma de una rara sustancia cálida. Al tiempo que se daba cuenta que estaba totalmente desnudo, vio a su lado a Marta, más allá a Arthur y finalmente a Romero.

Lleno de un creciente nerviosismo se volvió para investigar en el otro lado, ansiando encontrar allí a Grace y al mismo tiempo temiendo no verla.

Grace estaba allí y respiró tranquilo. Parecía dormir, como sus otros compañeros. Ella, desnuda, respiraba pausadamente. Su busto subía y bajaba con suavidad. Su plano vientre parecía más hundido que nunca, hasta elevarse suavemente para terminar con el negro intenso de su pubis.

Dan se arrastró por la tarima y saltó al suelo, apenas a unos veinte centímetros. Miró en derredor.

Apenas consiguió deglutir un poco de saliva. Tenía la garganta muy seca. Con asombro y perplejidad observó el contorno. A un centenar de metros estaba el «Lemur», bañado por la opalescente luz que surgía de la alta bóveda. Los confines de aquella estancia se perdían en la lejanía y recordó las grandes dimensiones de la misteriosa nave que había sostenido una cruenta y fugaz batalla con las unidades surgidas del interior de la Luna.

Debían estar en el interior del domo, pensó mientras daba un temeroso paso. Caminó alrededor de la tarima donde sus

compañeros seguían inconscientes y se dirigió hacia la nave. La esclusa principal estaba abierta, la misma por la que penetraron los alienígenas.

Se detuvo al ver que una figura alta y delgada descendía por la rampa. Al contrario que ellos, no estaba desnuda y cuando avanzó hasta la mitad del camino lo reconoció.

Era Hans Keppler.

Mientras Keppler caminaba hacia él, con pasos largos y firmes, en su persona fue ocurriendo una rápida y brutal metamorfosis.

Primero fue la cabeza humana de Hans la que éste se arrebató de un zarpazo. Porque Keppler no poseía ya manos, sino unas garras terminadas en ocho largos dedos provistos de afiladas uñas negras. Una de las garras rompió el traje de corte terrestre y apareció un tronco velludo. La otra tomó algo del cinto y Dan vio entonces que se trataba de un arma.

Ahora Keppler le miraba a través de un par de ojos facetados y situados en el centro de una cabeza con marcada apariencia arácnida.

Dan retrocedió y tropezó con la tarima. Escuchó un gemido y al volverse ligeramente vio a Grace que empezaba a despertar. A continuación notó síntomas de movimiento en los demás.

Mientras, Keppler se había detenido a menos de diez metros de Dan y el arma que sostenía su garra derecha le estaba apuntando.

—Ha sido éste un inesperado y valioso servicio, terrestre —dijo el alienígena hablando con la ruda voz de Keppler, que sonaba irreal al salir de una minúscula boca inhumana.

Dan no supo qué responder. Su preocupación se centró en calmar a Grace al abrir ésta los ojos y encontrarse en medio de tan fantástico decorado.

El alienígena que había sido Keppler no volvió a hablar hasta que todos estuvieron despiertos. Entonces dijo:

—Como pueden comprobar no morí cuando el «Lemur» despegó. Tuve tiempo para refugiarme en una estancia estanca. Lamentablemente mis hermanos no tuvieron la misma suerte que yo. Unos murieron congelados y los demás fueron lanzados al espacio. Llegué a la base australiana apenas tuve noticias de su sorprendente asalto y por un momento pensé que podría impedirles partir —el repugnante rostro emitió una risa extraña—. Pero ahora,

dadas las circunstancias, me alegro mucho de todo lo ocurrido.

—¿Dónde estamos? —preguntó Dan, sin dejar de mirar el ominoso cañón de la pistola, de concepción extraña y cuyo poder le era imposible adivinar.

—Digamos ante todo que pertenezco a una vieja raza llamada, más o menos según sus posibilidades de pronunciación, Xalandia. Y estamos en una nave Yixta, perteneciente a nuestros más pertinaces enemigos. Nuestro líder supremo en la Tierra, para ustedes Louis Middleton, cometió ciertos errores al menospreciar a los terrestres.

»Nuestra situación sufrió una profunda crisis cuando los yixtos al final, nos localizaron y enviaron esta nave a investigar al Sistema Solar.

»Desde tiempo inmemorial, que se pierde en las negruras de la larga historia de nuestra raza, hemos estado combatiendo contra los yixtos, seres tal vez más emparentados con ustedes que con nosotros. Actualmente esta larga guerra está detenida porque empezamos a notar la falta de suministros y guerreros.

»Desde hace más de cien años hemos estado investigando la Tierra y sutilmente muchos de los nuestros, hábilmente camuflados, se introdujeron en los estamentos más poderosos. Analizada la estructura biológica de los terrestres, pusimos en práctica un cuidado plan para doblegarlos a nuestros deseos sin que se percatasen de ello.

—¿Por medio del zatel? —preguntó Dan, pasando su brazo por los temblorosos hombros de Grace.

—Sí. Son ustedes muy frágiles a ciertas drogas y fácilmente se habitúan a ellas. El zatel les impidió seguir las disputas entre las naciones, con el consiguiente desgaste. Les inculcamos cierta sumisión y fueron obligados a trabajar para nosotros, para fabricamos armas y naves que durante estos últimos veinte años hemos estado transportando a la Luna.

—Convirtieron la Tierra en una gigantesca factoría para ustedes —escupió Romero, sofocado en cierta manera por su desnudez.

—Y algo más.

—¿Más?

—Sí —aunque el aspecto arácnido de Keppler era inexpresivo, al usar el lenguaje humano seguía dándole un tono de orgullo—. También estamos necesitados de soldados. El zatel terminará

convirtiéndolos en un gigantesco ejército en poco tiempo. Menos de unas semanas. La asimilación que han estado teniendo en estos años habrá llegado a su punto crítico. Se convertirán en autómatas, obedecerán ciegamente nuestras órdenes y de pronto en sus cerebros se despertarán los conocimientos subliminales que les hemos estado insertando. Sabrán combatir para nosotros. Lucharán contra los yixtos, quienes no podrán resistir la embestida de miles de millones de guerreros tripulando centenares de miles de naves.

»Nuestras respectivas razas no son muy numerosas. Somos viejas y escasamente prolíficas, pese a los intentos en todos los aspectos por aumentar la procreación. Pero los xalanxianos tuvimos una idea que nuestros enemigos sólo han debido descubrir recientemente. Ya es tarde para ellos y por fin, al cabo de tantos milenios, podremos vencerles.

»Luego, cuando no les necesitemos nos desprenderemos de ustedes, quienes sin nuestra dirección morirán, incapaces de sobrevivir por sí mismos.

Dan negó con la cabeza e intentó ser despectivo al decir:

—Su plan no ha sido perfecto. Somos muchos los inmunes al zatel.

—Cierto. Siempre pensamos que algunos miles no serían afectados, aunque admito que nunca sospechamos que estuvieran organizados. Pero cuando todos los terrestres sean convertidos en soldados serán fácilmente identificables y exterminados por sus propios hermanos de raza mediante una simple orden nuestra.

—¡Un momento! —dijo Arthur—. Si estamos en una nave enemiga de los xalanxianos, ¿cómo es que él se muestra tan seguro de sí mismo? Las naves que partieron de la Luna debían estar tripuladas por arañas como… como quien abate un puñado de moscas de un manotazo. Seguro que esta nave de Yixto puede traerles problemas.

El xalanxiano, mientras, se había estado desprendiendo de los últimos restos de su traje terrestre. Ahora su cuerpo delgado y cubierto de finísimo pelo oscuro resaltaba fantasmagóricamente teniendo como fondo el blanco entorno del interior del domo. Se balanceó sobre sus delgadas extremidades inferiores y dijo:

—Seguramente habría sido así de no estar yo en su interior. Esta nave es la más poderosa de la flota yixto y para vencerla se habrían

precisado casi un centenar de naves como las destruidas. Aunque poseemos miles en la base lunar, carecemos de pilotos suficientes. Claro que dentro de poco, con los terrestres convertidos en soldados y navegantes estelares, dispondremos de muchos miles de unidades de guerra, suficientes para aniquilar hasta el último yixto.

»Pero los yixtos que hay aquí deben estar sorprendidos y asustados ahora mismo, sin capacidad para reaccionar. Esta nave es poderosa ante un ataque externo, pero sus defensas internas son nulas. Los yixtos no guerrean directamente y yo solo me puedo bastar para matarlos. De esta forma nunca conocerá el planeta Yixto nuestro plan, ya que no han podido comunicar lo que sucede en este sistema planetario.

»¿Comprenden ahora por qué su acción ha puesto en mis manos una inesperada victoria contra los yixtos?».

—No puedo creerle —dijo Dan, calculando que el falso Keppler estaba muy lejos de él, e intentar sorprenderle supondría un suicidio.

—¿No? Cuando ustedes se aproximaron a la nave yixto empezaron a ser investigados. Los yixtos están perplejos, y porque desconocen datos de la Tierra no se decidieron a destruirles. Una vez rechazado el desesperado ataque de mis hermanos de la base lunar, les atrajeron al interior de este domo, con el deseo de conocer mejor a los aborígenes de la Tierra. Los adormecieron y mediante impulsos cerebrales les trajeron aquí. Creo que he interrumpido sus análisis sobre sus cuerpos cuando aparecí. Ellos no me descubrieron a bordo del «Lemur», aunque ahora deben estar temblando mientras nos observan.

Dan se separó de Grace y avanzó un par de pasos. Se detuvo cuando el arma de Keppler realizó un movimiento hacia él. Dijo:

—No esté tan seguro de sus triunfos, repugnante araña. En la Tierra les estamos dando una paliza. Sabe muy bien que la base australiana está en nuestras manos.

Keppler seguía expresándose como el falso humano que había estado representando. Incluso emitió una burlona risa antes de decir:

—Será durante poco tiempo. Middleton enviará, mediante el Consejo Terrestre, tropas desde todos los puntos de la Tierra. Aunque ahora no son muy eficaces, su mayor número terminará

venciendo a ese grupo de locos. ¡Pero pronto se convertirán en incansables tropas a nuestras órdenes, que combatirán con saña a los yixtos!

Dan estaba decidido a no perder aquella oportunidad. Mientras hablaba adelantó el pie derecho.

—No conoce la verdad, Keppler. Desde hace tiempo, los humanos, al menos más de la mitad de la población de la Tierra, están recibiendo grandes dosis de antídotos al beber el agua que surte las ciudades. El zatel empezó a ser ineficaz. Algunas tropas enviadas a combatir a nuestros compañeros en la base australiana han desertado o se niegan a pelear. Constantemente se emiten emisiones por radio y televisión advirtiendo a los humanos del engaño cometido con ellos. El zatel se destruye por furiosos terrestres. También el Consejo duda y varios miembros están trabajando para descubrir a los alienígenas infiltrados en los altos organismos. ¡Pronto todos serán desenmascarados y muertos, pudriéndose rápidamente con el contacto del aire de la Tierra!

—Estás mintiendo, terrestre —silabeó el xalanxiano.

—Nada de eso —rió Dan—. Es la verdad. ¿Por qué no lo compruebas ahora? En el «Lemur» puedes conectar con alguna emisora terrestre. Incluso puedes ponerte en contacto con León Gámez, nuestro jefe, que dirige el ataque sobre Australia.

—Es posible que lo haga, pero cuando acabe mi misión aquí.

—¿Es que sigues pensando destruir esta gigantesca nave con esa arma ridícula?

—Las naves de guerra yixtas son difíciles de vencer con un ataque externo debido a su coraza energética, pero desde el interior: son frágiles como el papel —alzó levemente el arma—. Varios disparos romperán la consistencia molecular del domo y todo saltará en millones de pedazos en pocos minutos.

—Pero tú morirás posiblemente.

—Tal vez. Pero lo haré por el triunfo de mi raza, de Xalanxia.

Y la pistola alzó su cañón.

CAPÍTULO X

Dan pensó vertiginosamente.

Sabía que la distancia que le separaba del xalanxiano era demasiado grande para salvarla de un salto. Keppler tenía tiempo más que sobrado para bajar el arma y aniquilarlo. Luego podría empezar a disparar contra el domo.

Si Keppler no les había matado aún es porque su misteriosa personalidad ansiaba la presencia de testigos ante lo que él debía considerar como heroico gesto. Posiblemente confiaba en regresar al «Lemur» y allí esperar que la estructura molecular de la nave yixto se desmoronase. Aquel monstruo aún disponía de una oportunidad para salvarse. Y, obviamente, los terrestres no tendrían acceso a la nave.

Del delgado cañón de la pistola de Keppler surgió un delgado haz que fue ampliándose, hasta alcanzar más de veinte metros de diámetro al tocar el techo del domo. Keppler seguía disparando sin cesar, sin levantar el dedo del gatillo. Alrededor de la zona donde tocaba el rayo se iba produciendo un cambio de color en el metal, como si estuviera a punto de fundirse.

Keppler disparaba sin mirar su objetivo. Sus facetados ojos seguían vigilando a los terrestres.

Dan sintió que la sangre le hervía en las venas. Únicamente si atacaban todos a la vez podía uno al menos, tener la oportunidad de detener aquella situación. Pero no había tiempo ya. ¿Cómo ponerse de acuerdo?

Apenas alguien hablase, Keppler podía desviar por un segundo la dirección del rayo y aniquilarles, para proseguir luego con su acción destructora.

Súbitamente, cuando Dan y sus compañeros creían que el domo saltaría hecho pedazos, se escucharon sonidos y sordos pasos casi al lado de la nave terrestre.

El xalanxiano dejó de disparar y, al desaparecer, el rayo que castigaba el domo dejó un gran sector vibrante, debilitado.

Un grupo de seres extraños caminaba hacia ellos.

En realidad se dirigían hacia donde estaba Keppler.

Eran altos, de más de dos metros y sus cabezas rapadas brillaban en color azulado. Dan no supo en aquel momento si iban desnudos o vestían un traje de tejido tan fino que parecía ser una segunda piel.

Apenas tenían nariz y poseían sobre ésta, muy juntos, tres ojos color sangre. Uno de los seres avanzó más de prisa mientras levantaban dos de sus brazos situados a la derecha. Emitió unos sonidos susurrantes. Parecía estar hablando a Keppler.

Por un instante, el xalanxiano desvió su atención de los terrestres y Dan pensó que aquélla era la ocasión que había estado esperando.

Corrió dos metros y luego se impulsó con todas sus fuerzas, saltando sobre Keppler.

El alienígena estaba volviéndose hacia él cuando Dan lo alcanzó, derribándolo al suelo. Asió con su brazo izquierdo el corto cuello peludo y apretó.

Keppler poseía una constitución fuerte, pese a su aspecto frágil. Dan sujetaba con la otra mano la garra armada y el xalanxiano le golpeaba con su segundo miembro.

Las aceradas uñas arañaron a Dan, quien gritó de dolor y golpeó la garra con la pistola contra el suelo. Lanzó un gemido de triunfo cuando la vio rodar por el poroso pavimento.

Keppler se debatió y lanzó un zarpazo contra Dan, que sintió el fuego de las uñas rasgarle el pecho.

Casi cegado por el dolor, cada vez más intenso, Dan apretó cuanto pudo su presa alrededor del cuello. Comprobó, sorprendido, que un ser humano hubiera sido ahogado hacía tiempo. Pero aquel ser parecía ser fuerte en aquel lugar.

Al no conseguir hundirle el cuello, Dan aferró con las dos manos la peluda cabeza. Sobreponiéndose al asco que sentía al contacto con la húmeda pelambrera, el terrestre intentó girar la cabeza de su enemigo.

Apretó los dientes y soportó nuevos zarpazos de su contrincante, pero éstos eran cada vez más débiles, hasta que cesaron.

Entonces, con su último esfuerzo, ejecutó un movimiento brusco y escuchó un chasquido. Algo duro se había roto dentro del alienígena.

Ocurrió lo que Dan no esperaba. La cabeza salió del tronco como si hubiera desenroscado un tornillo. Se alzó con ganas de vomitar y aún sosteniendo la cabeza se apartó del cuerpo sin vida, soltando un reguero de un líquido espeso y negruzco. Arrojó lejos la cabeza, que rodó unos metros trazando una burda línea oscura. Entonces se volvió hacia el grupo de seres altos y de piel azulada.

Sus amigos se acercaron a él. Las mujeres habían olvidado su desnudez, pero en cambio Romero casi parecía pretender andar de lado. Dan le observó de soslayo y no pudo por menos que sonreír, pese a las circunstancias.

El ser que había alzado los brazos estaba cerca de Dan. Movió su boca, y aunque no escuchó ningún sonido, escuchó en su mente:

«—Lo poco que hemos observado de tu raza, hombre del tercer planeta, nos ha llevado a grandes confusiones. Sois violentos y al mismo tiempo difíciles de definir. ¿Cómo habéis podido colaborar, al menos parte de tus hermanos, con los seres de Xalanxia?».

* * *

Dan recibía la comunicación telepática perfectamente. No sabía si los demás estaban en su misma situación. Creyendo que tal vez al hablar su mente conformaría alguna especie de mensaje mental que el otro comprendería, dijo:

—La Tierra no ha colaborado de buen grado con los xalanxianos. Mi gente fue drogada; pero ahora está saliendo de la sumisión y combate a los seres de Xalanxia. ¿Quiénes sois vosotros?

Ayudó con gesto a sus palabras. El ser, indudablemente un yixto, tardó un instante en responderle mentalmente:

«—Ha de ser verdad. Vosotros sois fácilmente vulnerables al poder mental. Ya habéis visto cómo apenas hicimos entrar vuestra nave en el domo, os obligamos a salir desnudos de ésta. Pero los seres de Xalanxia no disponen de los poderes mentales de los yixtos y debieron usar lo que estás pensando: drogas. Terrestres, mis compañeros y yo debemos darte las gracias por impedir que el

abominable xalanxiano haya conseguido destruir esta unidad de guerra».

—No lo habría podido hacer si vosotros no hubieseis irrumpido, distrayendo a esa araña humana —sonrió Dan.

«—Precisamente acudimos aquí porque captamos tus pensamientos. Tú querías una leve oportunidad, que el xalanxiano se distrajese. Acudimos por eso, aunque corrimos el riesgo de que nuestro enemigo nos disparase apenas nos viese».

—Bien, creo que era el momento de que cada facción arriesgase algo, ¿no? —comentó un poco molesto por el comentario del yixto, mientras se preguntaba si él podía ser el más adecuado para parlamentar con ellos, evidentemente enemigos de los xalanxianos.

«—Aunque confusamente percibimos tus inquietudes, terrestre. Sí, somos enemigos de los xalanxianos. Leyendo vuestras mentes nos hemos hecho cargo de la situación. Esperemos que sean ciertas vuestras esperanzas y en estos momentos en la Tierra los terrestres no afectados estén descubriendo y matando a los xalanxianos infiltrados. Mientras tanto…».

—¿Qué pasará mientras? —inquirió Dan, viendo que el ser se había detenido en su mensaje mental.

«—Debemos destruir la base que los xalanxianos poseen en vuestro satélite. Ahora será fácil porque, pese a que deben poseer en las bases internas miles de naves con las que piensan combatimos, tripuladas por vosotros, no disponen de navegantes. Nosotros debimos acabar con las únicas unidades capaces de elevarse al espacio».

—¿Y luego?

«—Nos marcharemos. Os dejaremos en paz. Este grave revés de los xalanxianos puede suponer nuestra victoria sobre ellos después de miles de años».

—Deseamos saber si…

«—Queréis saber si más tarde nuestras razas, terrestres y yixtos, podrán establecer contacto amistoso, ¿no? —sin esperar una afirmación oral, prosiguió—: No. Los terrestres sois también belicosos. Confiamos que nunca lleguemos a encontramos en el espacio estelar, que nuestro mundo siempre permanezca ignorado a vuestros ojos».

Cuando regresaban a la Tierra observaron cómo una especie de

enorme pompa luminosa cubría las zonas donde estaban situadas las bases de Xalanxia. Allí permaneció durante horas, y cuando desapareció, la Luna poseía un cráter gigantesco, el mayor, de más de quinientos kilómetros de diámetro.

Luego, la gran nave de Yixto dejó de ser captada por la cobertura de radar de la Tierra, en poder de los hombres de León.

Al descender la nave en Australia, sus tripulantes sabían que allí la batalla había terminado, pero se sintieron sobrecogidos ante la dureza de la lucha.

Cuando los xalanxianos comprendieron que podían obtener muy poca ayuda de los ejércitos terrestres, acudieron a la base e intentaron desalojar a los comandos de León Gámez. Era el único medio que disponían para abordar las pocas naves que allí estaban terminadas y escapar.

Entonces aún no se había producido el fulminante ataque de Yixto contra las instalaciones lunares. Cuando esto ocurrió, los alienígenas perdieron sus pocos deseos de combatir y los que no se dejaron matar se suicidaron.

En Dos Lagos las multitudes paseaban por las calles de las principales avenidas los mutilados cadáveres de los xalanxianos.

Louis Middleton, aún con parte de su encarnadura humana, recibió las iras más enconadas.

Cuando los cadáveres empezaron a apestar fueron rociados con gasolina e incinerados en avenidas y plazas, mientras las gentes bailaban y gritaban alborozadas.

El «Lemur» había estado alejado de la Tierra casi cuatro días y León Gámez ya estaba en Australia cuando descendió. Se encontraba casi a punto de embarcar en un avión para trasladarse a Dos Lagos cuando descendió la nave. Entonces demoró la partida para saludarles y terminar de intercambiar impresiones, ya que durante el viaje de vuelta a la Tierra, Romero le había informado de todo lo sucedido.

—¿Que sucede con el Consejo? —preguntó Dan, después de estrecharle la mano—. Se rehace.

—¿Seguirán todos los consejeros en sus cargos?

León se encogió de hombros. Expresó con su mirada seca que no le complacía la solución.

—Seguirán en sus funciones.

—Creo que se les debería investigar. Tal vez algunos hayan estado colaborando con los xalanxianos.

—Pienso que no. De todas formas, amigos —dijo León mirándolos a todos—, la situación que seguirá a esta euforia actual supondrá un desafío para nuestra capacidad de reacción. Hemos vivido durante muchos años sometidos a la docilidad del zatel y ahora tenemos que acostumbramos a valernos por sí mismos. Volverán los problemas, pero al mismo tiempo hemos recobrado la libertad.

—Podemos hacer algo —dijo Dan.

—Me gustaría conocer tu opinión —rió León—. Quizá el consejo de un hombre que nació hace más de ochenta años sea una novedad.

—La exploración estelar. Trajimos tres mundos aptos para recibir colonos. Un denso programa espacial devolverá a la población mundial una nueva esperanza en el futuro.

León asintió, entornando los ojos.

—Podría resultar. Además de contar con el «Lemur», como prototipo, podemos reconstruir las naves casi destruidas en los subterráneos. No salieron bien paradas. ¡Lástima que se hayan perdido esas miles de naves en la Luna!

El líder se despidió de los tripulantes del «Lemur».

Instantes después el avión partió hacia el Este.

Alrededor de ellos trabajaban miles de personas. Los camiones iban de un lado para otro. Lejos ardía una pira. Allí se destruirán cientos de cadáveres alienígenas, los que no se habían podido conservar en frío para posteriores investigaciones.

Pelotones de soldados americanos, europeos y asiáticos marchaban para tomar posiciones y cercar el gran perímetro.

—Si las cosas marchan bien, dentro de unos años el viejo astropuerto será lo que estuvo proyectado una vez —dijo Dan. Tomó a Grace por la cintura y abarcó con un brazo el horizonte—. Se alzarán naves como el «Lemur», e incluso mejores.

Empezaron a caminar hacia un vehículo que les esperaba al otro lado de la agrietada y vieja pista donde se había posado el «Lemur». Serían llevados a Sidney, en donde disfrutarían de un merecido descanso.

—Supongo que pronto empezarán a fabricar licor —comentó

Arthur.

—Seguro que sí —le respondió Romero—. Sin zatel la gente sentirá una repentina sed.

—Arthur, volveremos lo antes posible a París —dijo Marta con firmeza—. Ahora volverá a ser la ciudad que yo recordaba antes de partir a las estrellas. ¿No recuerdas que te comenté a menudo que notaba entre sus gentes cierta dejadez? ¡Era por culpa del zatel!

—Oh, no —se lamentó Arthur—. Si al menos el champán o los excelentes caldos franceses no necesitaran tanto tiempo para poder ser bebidos… Aún serán precisos muchos años para que la dulce Francia vuelva a ser como antes: cuando dispongan de vinos.

La pareja se adelantó y entró la primera en el vehículo. Romero se volvió hacia Dan, diciéndole:

—Me gustaría ser tan optimista como ellos; pero la Tierra no recobrará su normalidad hasta dentro de bastante tiempo. El antídoto no pudo ser vertido en todos los suministros de aguas de las ciudades y quedan zonas considerables donde tendremos que trabajar a fondo.

—Hay tiempo —sonrió Dan—. Mientras tanto debemos emprender la construcción de naves estelares.

Romero lo miró torvamente:

—¿Está pensando en ir en busca del mundo de los Yixtos?

—No exactamente, pero me gustaría saber cómo acabará esa guerra que lleva milenios disputándose.

—Vencerán los yixtos —aseguró Grace—. Son menos crueles que los xalanxianos.

—Tú lo has dicho; pero no generosos. De todas formas confiemos que nunca nos encontremos en nuestro deambular por las estrellas.

FIN